

LOS AMANTES
DE TERUEL,

DRAMA EN CINCO ACTOS

EN PROSA Y VERSO

por

Juan Eugenio Hartzenbusch.



MADRID:

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1836.

CEU
Universidad
San Pablo
Biblioteca Universitaria

444: 1/1832

BM/526

171

821.134.2-2 "18"

PERSONAS.

Don Juan Diego Martinez Garcés de Marsilla.

Doña Isabel de Segura.

Doña Margarita.

Don Rodrigo de Azagra.

Don Pedro de Segura.

Don Martin Garcés de Marsilla.

Zulima.

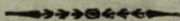
Mari-Gomez.

Adel.

Zeangir.

Tres bandidos.

Soldados moros, damas, caballeros, criados, bandidos, un verdugo, un barquero.



El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel.

Año 1217.

ACTO PRIMERO.

Dormitorio magníficamente adornado á usanza morisca. A la derecha una cama del mismo gusto, inmediata al proscenio: á la izquierda un bufete de dos cuerpos con entalladuras arabescas, y mas arriba una ventana con celosías y cortinages. Puerta grande en el fondo, y una pequeña á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA. ADEL. MARSILLA, *adormecido en la cama.*

Tú eres el único depositario de este secreto.

Adel. Sultana, recias son las llaves de los calabozos, y en veinte años no se me han hecho pesadas; ligera es esta del harem que hoy me das, y ya me descoyunta la mano.

Zul. Y por qué? No es llave tambien de una cárcel?

Adel. En la cárcel donde se gime, puede el carcelero recibir mil huéspedes sin peligro; pero en la cárcel donde se goza, si da entrada á mas de uno, ya puede despedirse de su cabeza.

Zul. Rehusas ahora servirme?

Adel. Señora, ya sabes tú que no puedo rehusarlo. El ínclito Amir Zeit Abenzeit, que Alá prospere, dijo á sus siervos al partir de Valencia: obedeced á nuestra esposa Zulima como á mí mismo mientras yo me detenga en Murcia.

Zul. Debes obedecerme.

Adel. Asi lo he hecho, y asi lo haré. Pero tornará á Valencia el Amir; y si amanece un día aciago en que las piedras hablen, me dirá el querido del profeta: Por qué has introducido en nuestro real harem á un perro cautivo? Yo podré responderle que asi lo mandó la sultana Zulima; pero tal excusa no librárá al introductor de ser azotado, desorejado, y acañavereado ó quemado vivo.

Yo quisiera evitar esto, salvo tu parecer.

Zul. Maldígate Alá, vaticinador de desastres! La llama del

suplicio nombras delante de quien arde en la del amor?

Adel. Como una puede conducir á otra...

Zul. Juzgas que he descuidado nuestra seguridad? Ausente el rey, nadie penetra en estas habitaciones. Ramiro se hallará aqui tan aislado, tan ignorado como cuando yacía bajo tu custodia en la mazmorra mas profunda de la alcazaba. Además, tú propio me dijiste que si permanecía allí dos dias iba á espirar.

Adel. Verdad te dije; pero harto mejor hubiera sido callar hasta pasado mañana.

Zul. Tú entonces le hubieras acompañado á la tumba.

Adel. Peligros por un lado, perdicion por otro. Está visto que mi suerte se halla enlazada con la de ese buen idólatra: cúmplase lo que está escrito. -- Tarda mucho en volver en su acuerdo.

Zul. Tarda demasiado. Si te escederías en la dosis del narcótico?

Adel. No sabemos á qué hora lo tomaria. Yo le descolgué anoche la vasija, pero no le envié gana de beber al mismo tiempo. Y como le tiene tan debilitado la enfermedad... Por la torre de la Caaba, señora, que el objeto de tus bondades mas bien debe inspirar lástima que amor.

Zul. Lástima fue la que me condujo á amarle. Véiale yo en el jardin del serrallo cargado de pesados hierros, tal vez insuficientes á sujetar sus brazos indómitos; al pasar delante de mis celosías, notaba yo la palidez de su noble rostro; oía sus suspiros, las palabras incoherentes, únicas con que interrumpia su tétrico y porfiado silencio. Por qué suspiras? solia yo decirle detras de los cortinages de las ventanas. Soy esclavo, me respondió siempre.

Adel. Cuánto aman los cristianos á su patria!

Zul. Veneno brotan todas sus espresiones, Adel. Pero te engañas, vaso de malicia, te engañas en tus mezquinas sospechas. Ramiro no suspira por una querida; Ramiro no ha tenido amores en su patria; aquel pecho altivo no es capaz de rendirse á un amor ordinario, un amor de cristiana: solo un amor de Africa, ardiente como su sol, que hace carbon el cutis, pudiera inflamarle. Ramiro es un caballero de ilustre cuna: bien lo prueba la joya que ocultaba en el seno. Criado en la opulencia, habituado al poder, no ha debido hallar la servidumbre cruelisima,

insoportable? Por eso ha hecho tantas tentativas para evitarla. Segura estoy de que cuando me lean ese lienzo que le hemos hallado, escrito en español con su sangre, ó cuando consienta en declarar su cuna, oiremos uno de los apellidos mas ilustres de España. No murieron de pesadumbre algunos de los caballeros que aprisionó Yacob en la batalla de Alarcos? No los mató su orgullo? Por qué no ha de ser Ramiro orgulloso como ellos? Por qué mas bien ha de ser amante? Desdichado él entonces! Desdichada yo! Si tanta afliccion, tantos esfuerzos por alcanzar la libertad, tanta indiferencia conmigo, tuvieran su origen en el amor, qué amor igualaria al suyo? Ramiro, despierta para calmar mi recelo: dime si quieres que no me amarás nunca, pero júrame que nunca has amado.

Adel. Yo desearia precisamente lo contrario.

Zul. Tú no le conoces: si llegó á amar una vez, aquel amor llenará toda su vida. (*Abre, y registra el cuerpo superior del bufete.*)

Adel. A todo esto, él guarda un silencio que puede significar cualquier cosa.

Zul. Creía tener aqui un espíritu que le hiciera volver. Voy á buscarle. (*Vase.*)

ESCENA II.

ADEL.

La princesa cuidará ahora mucho del cautivo; el cautivo conocerá que debe la vida á la princesa; aunque no sea mas que por agradecimiento, se rendirá á sus halagos; todos los placeres serán para ellos, y el dia del castigo habremos de repartir á tanto por cabeza. Duro es ir por gusto ageno al precipicio con los ojos abiertos. Pero qué viviente de tan débil instinto es la muger! Esta Zulima, que obcecada con el título de reina, ni aun sospecha que haya quien espíe invisible sus pasos, quien interprete sus palabras, y hasta los gestos de su semblante! Si el Amir, por gracia especial, habrá dejado sin ejercicio á sus confidentes africanos? (*Abrese la puerta pequeña de la izquierda, y aparece Zeangir.*) Ya veo que no.

ESCENA III.

ZEANGIR. ADEL.

Zea. Os he escuchado.

Adel. Nos habrás oído.

Zea. Todo.

Adel. Y podrás responderme...?

Zea. A nada. (*Dirígese al bufete, y le examina como quien busca alguna cosa y no la halla; llégase á la cama, toma con viveza un lienzo que hay sobre ella escrito con sangre, y lo lee para sí con admiracion.*) Qué es lo que descubro! (*Aparte.*)

Adel. (*Aparte.*) Hoguera tendremos. (*A Zeangir.*) Dime á lo menos qué ha escrito ahí ese infiel. Deseo saber qué noticias da el cautivo de su persona. Hay quien le crea un príncipe, y yo le tengo por un jayan. El rompía las mas fuertes cadenas, él escalaba las paredes del baño, y jamas trató de rescatarse mediante una buena suma. De aqui infiero yo que es mas rico en fuerzas que en oro. El contenido de ese lienzo no exigirá tanto secreto... y en todo caso, carcelero soy; he visto espirar á muchos por habladores, y estoy harto persuadido de la utilidad de ser mudo.

Zea. Esa es tu obligacion, ser mudo, sobre todo con Zulima. (*Deja sobre la cama el lienzo, y se encamina á la puerta por donde salió.*)

Adel. Y estoy relevado del encargo de obedecerla?

Zea. Mañana ya habrá cesado ese deber.

Adel. Y hoy?

Zea. Puedes servirla. Olvida que me has visto... cuida mucho de la vida de ese cristiano. (*Vase.*)

Adel. Que cuide de él! No dijera mas Zulima. Que me empalen si entiendo algo. Por fortuna para obedecer no es necesario penetrar: cúmplase lo que está escrito.

ESCENA IV.

ZULIMA. ADEL.

Zul. Encarga que busquen entre los cautivos del baño al-

gun alfaquí nazareno que nos sepa descifrar eso. (*Señalando el lienzo.*)

Adel. Venga, y lo llevaré.

Zul. Podrá echarlo menos Ramiro. A la noche, durante su sueño, se leerá sin que él lo note. Marcha.

Adel. De aquí á la noche puede darte Ramiro cuantas noticias solicites. (*Aparte.*) Pretexto para echarme fuera. (*Vase.*)

ESCENA V.

ZULIMA. MARSILLA.

Zul. Su pecho empieza á latir.

Ya es tiempo: así que perciba...

(*Aplicale un pomito á la nariz.*)

Mar. Ay!

Zul. Volvió.

Mar. (*Incorporándose.*) Qué luz tan viva!

No la puedo resistir.

Zul. (*Corriendo las cortinas de la ventana.*)

De aquella horrible mansion

el triste á las sombras hecho...

Mar. No es esto piedra: — es un lecho.

Qué ha sido de mi prision?

Señora... (*Reparando en Zulima.*)

Zul. Por orden mia,

en medio de tu letargo

te trajeron, y á mi cargo

estás aquí.

Mar. Todavía

esclavo!

Zul. Cese tu afan.

Serás libre.

Mar. Dónde estoy?

Quién eres?

Zul. Quién? — Hija soy...

del alcaide...

Mar. De Mervan!

(*Dirige una ojeada rápida al rededor de sí, ve sobre la cama el lienzo ensangrentado, y lo esconde.*)

Zul. Si, pero aunque soy muger,

mi voz el valor disfruta
de ley... y nada ejecuta
Mervan sin mi parecer.
Ausente el rey de Valencia,
de este alcázar la señora
soy yo, es Zoraida.

Mar. (*Aparte.*) Traidora!

Si han leído...? Qué imprudencia!

Yo sus secretos contemplo (*A Zulima.*)
que Mervan fia de tí.

Zul. No los tiene para mí.

Tú debes seguir su ejemplo.

Mar. Es cómplice. (*Aparte.*)

Zul. La inquietud

deja; tu mal cede ya:
pronto te arrebolará
el carmin de la salud.

Mar. Mi dolencia necesita
un remedio...

Zul. Dile. Cuál?

Mar. Beber el agua natal.

Zul. No habrá medio que se omita,
con tal que á tu dicha cuadre.
La libertad, un tesoro
te ofrezco...

Mar. Me basta el oro
que me ha quitado tu padre.
Robóme hacienda y ventura
cuando apresó mi navío.

Zul. Yo satisfacerte fio
la pérdida con usura.

Mar. Vienes, muger celestial,
á dar á mis males fin?

Eres algun Serafin

en figura de mortal?

Si cabe que satisfaga
tan inestimables bienes...

Zul. Muger soy; la prueba tienes
en que reclamo una paga.

Mar. Si mi eterna gratitud...

Zul. No es poco.

Mar. Nada poseo...

Zul. (Reparando en una joya que tiene Marsilla al cuello, pendiente de un cordón.)

Ese talisman que veo
no tiene alguna virtud?

Mar. La tiene... para un cristiano.

Zul. Y á mí me podrá dañar?

Déjamele examinar,
si acaso no le profano.

Mar. (Dando la joya á Zulima.)

Toma, Zoraida; te entrego
mi único bien, pues al cabo,
siendo como soy esclavo,
mal haré si te le niego.

Zul. Y mal haré yo también
si te creo agradecido,
porque mucho te ha dolido
perder tan pequeño bien.

Mar. Por tí vertiera contento
mi sangre; mi alma te cede
toda la parte que puede
dar el agradecimiento,
y ojalá parte mayor
te pudiera conceder!

Zul. Eso es mucho agradecer.

Quisieras tenerme amor?

Tú pensaste, á lo que entiendo,
que yo afición te tenía.

Menos vano te creía;
mas no por eso me ofendo.

Mar. Yo en tí no miro una dama,

miro una divinidad
que halla su felicidad
en los dones que derrama;
y aquella retribucion
que indicaste...

Zul. Es bien ligera:

la noticia verdadera
de tu nombre y condicion.

Los cautivos encubris
cosas que quiero me fies.

No son tus deudos Valies
ó Jeques en tu país?

Decláralo, que no soy
negocianta de rescates,
ni eso añadirá quilates
al valor que yo te doy.

Mar. Siempre fue avara y cruel
la fortuna con mi casa.

Zul. Ella de haber tan escasa,
y tú dueño de un bajel
de riquezas...!

Mar. Ah señora!
si me hubiera la fortuna
mecido en dorada cuna,
no fuera tu esclavo ahora.
Mi apacible natural
no se hubiera hecho violencia
para buscar la opulencia
en la carrera marcial.

Zul. En cada voz tuya miro
grave misterio encubierto:
declárate mas. No es cierto
que no es tu nombre Ramiro?

Mar. Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dió,
ciudad que ayer se fundó
del Turia en la fresca orilla,
cuyos muros entre horrores
de guerra atroz levantados,
fueron con sangre amasados
de sus fuertes pobladores. —
Al darme el humano ser,
quiso sin duda el Señor
destinar al fino amor
un hombre y una muger,
y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dió un alma en dos partida,
y dijo: Vivid y amad.
A esta voz generadora
Isabel y yo existimos,
y la luz del cielo vimos
en un dia y una hora.
Desde los años mas tiernos

fuimos rendidos amantes,
 desde que nos vimos, antes
 nos amábamos de vernos;
 y parecía un querer
 tan firme en almas de niño,
 recuerdo de otro cariño
 tenido antes de nacer.

Ciegos ambos para el mundo,
 que tampoco nos veía,
 nuestra existencia corria
 en sosiego tan profundo,
 en tanta felicidad,
 que mi limitada idea
 mayor no alcanza que sea
 la gloria en la eternidad.
 Mas dicha de amor no dura.

Zul. No en verdad: sigue; te escucho.

Me has interesado mucho.

Mar. Pasó el tiempo de dulzura,
 llegó el de pena mortal,
 supe qué eran zelos...

Zul. Oh!
 pena atroz! bien lo sé yo!

Mar. Tuve un rival...

Zul. Un rival!

Mar. Opulento...

Zul. Eso mas?

Mar. Hizo
 alarde de su riqueza...

Zul. Y sedujo á tu belleza?

Mar. Poco del oro el hechizo
 puede en quien de veras ama;
 mas su padre deslumbrado...

Zul. Dejó tu amor desairado
 y dió á tu rival la dama.

Mar. Le vi, mi pasion habló,
 su fuerza exhalando toda,
 y suspendida la boda,
 un plazo se me otorgó.

Zul. Cómo?

Mar. Si me enriquecia
 en seis años...

Zul. Han cumplido?

Mar. Ya ves que no he fallecido.

Zul. Terminan...?

Mar. Al sexto día.

Zul. Tan pronto!

Mar. Oro me faltaba;

vuestro Miramamolín
todo el cristiano confin
entonces amenazaba.

No podía consagrar
mi brazo á causa mejor,
y animaba mi valor
la esperanza de medrar. —

Con licencia de mi hermosa
seguí á Castilla á mi rey,
y combati por mi ley
en las Navas de Tolosa.

Zul. Lugar maldito del cielo
donde la negra fortuna
postró de la media luna
la pujanza por el suelo!

Mar. La destreza que tenía
en el bélico ejercicio,
bien que el matar por oficio
repugnase al alma mía,
distinguió allí mi persona,
y rico botín me dió;
mas ay! todo pereció
en la orilla del Garona.

Sobre el cadáver caí
del rey, peleando fiel,
en la rota de Maurel;
preso me hicieron, huí,
llegué á la Siria; un francés
albigense refugiado,
á quien había salvado
la vida junto á Beziés,
los restos de su opulencia
me legó al morir: á España
tornaba... mi suerte estraña
siervo me trajo á Valencia.
Tal vez mi mano quebró

de mis cadenas el hierro...

En vano, que en un encierro
vivo se me sepultó.

Postrado al fin y vencido
en la lucha desigual
que contra el genio del mal
tanto tiempo he sostenido,
tú mis sueños apacibles
vienes á resucitar,
tal vez para despertar
á realidades terribles.

Zul. No de males adivino
quieras en tu daño ser;
te va la suerte á poner
en la mano tu destino.
Ya que de tus aventuras
me has referido la historia,
toma bien en la memoria
mis amantes desventuras. —

Un cautivo aragonés
vino al jardín del serrallo:
sus prendas y nombre callo;
no quiero ser descortés.
Le vi, le amé; no con leve,
con devorante pasión:
brasa es nuestro corazón,
el de las cristianas nieve.
Debió á tentativas locas
de fuga, mortal sentencia:
mi amorosa diligencia
libróle veces no pocas.
Sálvole por fin del trato
de rígido carcelero,
declárole que le quiero...
qué piensas que hizo el ingrato?

Mar. Su creencia te alegó...?

Zul. Sí, pero en mi desvarío
le dije: Tu Dios es mío,
mi Dios en tí veré yo.

Mar. Si antes alguna española
mereció su tierna fé...

Zul. Quiere á tu dama, exclamé,

no exijo que me ames sola;
 pero que al menos te deba
 piedad mi amor. No dispuso
 entre vosotros el uso
 tener esposa y manceba?
 De este título afrentoso
 verás que ufana me precio:
 qué importa injusto desprecio,
 si es el corazon dichoso?
 Por orgullo solamente
 prendarte de mí debieras.
 Dime: no te envanecieras
 de ver de tu voz pendiente
 una muger, una esclava,
 que, con razon ó sin ella,
 del amor la rosa bella
 la lisonja apellidaba?
 qué puede mas opulento
 hacerte que lo es aqui
 del reino el primer Valí?
 qué para dar mas aumento
 de tu esposa á la hermosura,
 desde el cabello á la planta
 la cubra de joya tanta
 de tan superior finura,
 que cuando en bizarra lidia
 entre reinas se presente,
 se pinten en cada frente
 la admiracion y la envidia?
 Diamantes tengo, y no son
 quizá los de mas valía,
 que pagarme no podria
 el tesoro de Aragon.
 Medítalo bien, y sabe
 que frenético mi amor,
 será el frenesí mayor
 de mi venganza, si cabe.

Mar. Infeliz!

Zul. Menos te pido:

dile á mi cariño ciego:

"espera," y márame luego. —

Qué hubieras tú respondido?

Mar. Que mereces compasion.
 Mas cuando ya en la niñez
 nacida, creció á la vez
 con el cuerpo la pasion,
 cuando es para la existencia
 tan necesario elemento
 como el sol y como el viento,
 cuando resiste á la ausencia,
 no puede amante ninguno
 hacer tan atroz engaño,
 porque de terrible daño
 temor le acosa importuno.
 Témesese que tal falacia
 venga el objeto querido
 con su cólera ó su olvido,
 que es la postrera desgracia.
 Burlando que le dijera
 Isabel á otro: Te quiero,
 la matara con mi acero...
 Oh! no, yo sí que muriera.
 Para mi felicidad
 Dios un camino trazó,
 donde años ha me paró
 la cruel adversidad.
 Si me envia un salvador,
 derecho habrá de guiarme,
 y al que quiera estraviarme,
 diré: Aparta, tentador.

Zul. Pues á tu Dios nada mas
 luego en tu miseria clama:
 despídete de tu dama,
 porque nunca la verás.
 Oh rabia! Alá me destruya
 si tolero mi baldon.
 Tan infeliz situacion,
 y tal soberbia la suya!
 Pone mi aficion sumisa,
 pone á un mísero cristiano
 un corazon en la mano,
 y le arroja, y me le pisa!
 Sabes hasta dónde alcanza
 mi cólera y mi poder?

Pronto ha de hacértelo ver
con estragos mi venganza.

Me debería escupir
en la faz, sino me vengo,
la última sierva que tengo.

Cristiano! vas á morir.

Impune jamas humilla
nadie un corazon altivo.

Esto le dije al cautivo:
esto le digo á Marsilla.

Mar. Y piensas que le amedrente
morir? acabar sus males?

Zul. Pues entre angustias mortales
padecerás largamente:
volverás á tus cadenas
y á tu negro calabozo;
y allí yo con alborozo
que mas encone tus penas,
la nueva te llevaré
de ser Isabel esposa.

Mar. Y en prision tan horrorosa
cuántos dias viviré?

Zul. Rayo del cielo! el traidor
todo mi poder derrumba;
defendido con la tumba,
se rie de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
me han de traer á Isabel...

Mar. Quién eres tú para tanto?

Zul. Tiembla de mí.

Mar. Furia vana.

Zul. No es Zoraida la que ves,
no es hija de Mervan, es
Zulima.

Mar. Tú la sultana!

Zul. La reina.

Mar. (Dándola el lienzo ensangrentado.)

Toma, con eso
correspondo á tu aficion:
entrega sin dilacion
á hombre leal y de seso

el escrito que te doy.

Sálvete su diligencia.

Zul. Cómo! Qué riesgo...?

Mar.

A Valencia

llega tu esposo...

Zul.

Cuándo?

Mar.

Hoy;

y esta noche él, tú y mil otros

de la traicion al puñal

pereceis.

Zul.

Qué desleal

conspira contra nosotros?

Mar. Mervan, tu padre supuesto.

Si tu cólera no estalla,

mi labio el secreto calla

y el fin os llega funesto.

Zul. Cómo tal conjuracion

á tí...?

Mar. Delirante ayer

la puerta hube de romper

de mi encierro; la prision

recorro, oigo hablar, atiendo...

Junta de alevos impía

era; Mervan presidia.

Pérfido aviso creyendo,

tu esposo hoy á la ciudad

venir debiera. Salvarle

resuelvo para obligarle

á ponerme en libertad,

y con roja tinta humana

y un pincel de mi cabello

la trama en un lienzo sello,

y el modo de hacerla vana.

Poner al siguiente dia

pensaba el útil aviso

en la cesta que el preciso

sustento me conducia.

Venciómé tenaz modorra;

mas fuerte que mi cuidado:

desperté maravillado

fuera ya de la mazmorra.

Como admitas mi consejo,

sin sangre te salvaré:
de premio no te hablaré;
á tu justicia lo dejo.
Llama á un Visir sin tardanza,
y oiga el plan que concebí,
y tú recibe de mí
esta leccion de venganza.

ESCENA VI.

ADEL. DICHOS.

Adel. Señora, en Valencia está
el rey.

Zul. Destino feroz!

Mar. Mira si mintió mi voz.

Adel. En la alcazaba hace ya
tiempo que entró con sigilo.

Si viene, si ve al esclavo...

Zul. Llegó mi mal á su cabo!

Adel. Tu vida pende de un hilo:
dispon...

Mar. Basta el apartarme
de aquí. Fia de mi labio:
yo sé olvidar un agravio.

Zul. Te admiro. (*A parte.*) Puedo salvarme.

Condúcele por aquí. (*A Adel.*)

(*Abre Zulima una puerta disimulada en el muro de-
tras de la cama.*)

Fuera del harem un lecho
le darás.

Adel. Pronto. (*A Marsilla.*)

(*Marsilla sale de la cama, y apoyado en Adel, se en-
tra por la puerta secreta.*)

Mar. (*Al entrarse.*) En mi pecho
no hay odio.

Zul. (*Sola.*) En el mio sí.

Va á ser feliz con su amada,

y yo á espiar mi delitó!

No!

(*Abre el cuerpo superior del bufete, y toma de allí
un frasquito prolongado, cuyo tapon es un mango como*

de puñal, y tiene por hoja una aguja ó punzon delgado.)

Con un golpe lo evito
de esta aguja emponzoñada.

El hierro es sutil, violencia
tiene el veneno terrible;
será la herida invisible.

Que espiró de su dolencia,
á pesar de mis desvelos,
diré. Calle la piedad:
sangre mi seguridad,
sangre me piden mis zelos.

(Vase por la puerta que abrió.)

ESCENA VII.

ZEANGIR. SOLDADOS MOROS. UN VERDUGO. UN BARQUERO.

(Salen por la puerta de la izquierda.)

Zea. Esa pérfida belleza *(A los soldados.)*

conducid á una prision.

Corta á Mervan la cabeza, *(Al verdugo.)*

y cuélgala de un balcon.

Tú esta noche has de llevar *(Al barquero.)*

un féretro á sumergir,

y aunque en él oigas gemir,

le arrojarás á la mar.



ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Pedro de Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. MARI-GOMEZ.

Mari. **S**eñor, señor.

Ped. Qué ocurre, Mari-Gomez?

Mari. Que ya vienen á visitaros.

Ped. Pronto por Dios. Apenas he abrazado á mi hija y á mi muger, y ya me acosan visitas! Pues hoy perdonen, que quiero descansar en el seno de mi familia. Di á quien sea que mañana recibiré la bienvenida de todo Teruel.

Mari. Y como que decis bien! Déjennos hoy en paz: *requiescant in pace*: mañana tendrán todo el dia por suyo. *A solis ortu usque ad occasum*. Desde que dé el sol en el huerto, hasta que se vaya de la casa. Asi decia el padre vicario del convento en que estuve de novicia. Cuanto y mas que el que viene á veros es allá... don Martin de Marsilla.

Ped. Marsilla! eso es distinto. Que pase adelante. Jamas me escondo yo de un enemigo.

Mari. Ay! eso sí que no lo hubiera dicho el padre vicario. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON PEDRO.

Querrá que nuestro desafio se verifique al momento. Tiene razon. El altercado fue al tiempo que partimos don Rodrigo de Azagra y yo á Monzon en servicio del jóven rey contra los infantes don Sancho y don Fernando: se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martin ha estado enfermo, y creo que se hallaba

aun convaleciente. Oh! si no está bien restablecido, no cruzará su espada con la mia: bastante ventaja tengo con la que me da la razon.

ESCENA III.

DON MARTIN. DON PEDRO.

Mart. Don Pedro Segura, seais bien venido.

Ped. Noble don Martin Garcés de Marsilla, salud os deseo: tomad esta silla, que me habeis hallado desapercibido.

(Cíñese la espada, que estaba sobre una mesa.)

De vuestra dolencia nuevas he tenido.

Cómo estais?

Mart. Del todo repuesto.

Ped. No sé...

Mart. Domingo Celada...

Ped. Fuerte hombre es á fé!

Mart. Pues siempre á la barra le gano el partido.

Ped. Asi os quiero yo. Conmigo venid:

vamos á la orilla del Guadalaviar.

Mart. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

Ped. Hablemos sentados. Ea pues, decid. *(Siéntanse.)*

Mart. Fue de nuestro duelo causa...

Ped. Permitid

que yo os la recuerde. Vuestro labio dijo que por mi codicia llorabais un hijo.

De honor es la ofensa, precisa la lid.

Mart. Me juzgais cobarde?

Ped. Si creyera tal,

don Pedro Segura con vos no lidiara.

Mart. Jamas al peligro he vuelto la cara.

Ped. Sí, nuestro combate puede ser igual.

Mart. Será por lo mismo...

Ped. Sangriento, mortal.

Ha de perecer uno de los dos.

Mart. La muerte me toca, la venganza á vos.

Matadme: ya espero el golpe fatal.

(Arroja la espada, y dobla una rodilla delante de don Pedro.)

La espada y la vida os rindo.

Ped. Qué haceis!

Mi acero no corta en quien se arrodilla.

Mart. Vuestro honor la sangre pide de Marsilla:
tomadla.

Ped. En el campo me la vendereis.

Vos el desafio provocado habeis.

Mart. Media un beneficio: caballero soy.

Ped. Vos de mí obligado! Sorprendido estoy.

Mart. Escuchadme, y luego vos decidireis.

Tres meses hará que en lecho de duelo
me postró la mano que todo lo guía:

del riesgo asustada la familia mia,
quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.

La ciencia, ó la gracia que tiene del cielo,
cada dia admira toda la ciudad,

desde que, ministra de la caridad,
á la muerte roba mil vidas su celo.

Contra vos airado, neguéme á atender
aviso que daba piadosa inquietud.

No quiero, decia, cobrar la salud,
si á mano enemiga la voy á deber.

Mi teson crecia con mi padecer;
la muerte se puso á mi cabecera..

Por fin, una noche... Qué noche tan fiera!

Blasfemo el dolor hacíame ser;
pedia un cuchillo con furia tenaz;

reía el infierno de ver mi despecho...

En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
llega un peregrino, cubierta la faz.

Angel parecia de salud y paz.

Me habla, me consuela; benigno licor
á mi labio pone; me alivia el dolor,

y parte, y no quiere quitarse el disfraz.

La noche que tuve su postrer visita,
ya restablecido, sus pasos seguí.

Cruzó varias calles, acercóse aquí,
y entró en esa ruina de gótica ermita

que á vuestros jardines términos limita.

Quitóse ya el velo que inútil creyó:
yo miré; la luna su rostro alumbró...

Era vuestra esposa.

Ped. Era Margarita!

Mart. La misma. Pasmado, de mi bienhechora

la heróica modestia allí respeté:
no me eché á sus plantas ni entonces hablé,
porque me propuse declararme ahora.
Don Pedro Segura, marcada mi hora,
vuestra esposa vino y el golpe paró:
mirad, siendo noble, cómo puedo yo
contra vos la espada sacar matadora.

Ped. Qué de bien os debo! El duelo escusar
con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallasteis como caballero,
cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, quién no ha de temblar
de perder la vida que lleva dichosa?
Ella me será desde hoy mas preciosa,
si ya vuestro amigo quereisme llamar.

Mart. Amigos seremos. (*Danse las manos.*)

Ped. Siempre.

Mart. Siempre, sí.

Ped. Y decid... qué nuevas teneis de don Diego?

En hora menguada me sedujo el ruego
de Azagra, y la triste palabra le di.
Si antes vuestro hijo se dirige á mí,
cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

Mart. Yo su nombre santo
bendigo, mas lloro por lo que perdí.

Ped. Pero qué...?

Mart. Despues de la de Maurel,

donde cayó en manos del conde Simon,
de nadie consigo señal ni razon,
por mas que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
pido que me diga qué punto en la tierra
vivo le sostiene ó muerto le encierra:
mundo y cielo guardan silencio cruel.

Ped. El plazo otorgado dura todavía.

Un hora, un instante, le basta al Eterno:
y holgárame mucho si fuera mi yerno
quien á mi Isabel tan fino queria.

Pero si no viene, y cúmplese el dia,
y llega la hora... cómo? Bien me pesa;
mas estoy sujeto con una promesa:

si fuera posible no la cumpliría.

Mart. Diligencia escasa, fortuna severa parece que en suerte á mi sangre cupo; quien á la desgracia sujetar no supo, muéstrase sufrido cuando ella le hiera.
A Dios.

Ped. No han de veros de aquesa manera.
(*Levanta la espada de don Martin, que aun permanece en el suelo, y le da la suya propia.*)

Vuestra espada admito; la mia tomad en prenda segura de fiel amistad.

Mart. Acepto: un monarca llevarla pudiera. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARGARITA. DON PEDRO.

Marg. Don Pedro, don Pedro, qué os queria el padre de Marsilla? Ha venido ya á desafiarnos?

Ped. No, sino á entregarme su espada. Esta es.

Marg. Con que estais reconciliados?

Ped. Amigos.

Marg. Bendita sea la bondad de Dios.

Ped. No sospechas á quién deberemos tan feliz mudanza?

Marg. Al autor de todo bien.

Ped. A él primero, despues á tí.

Marg. A mí!

Ped. El doctor peregrino se descubrió en las ruinas antes de tiempo, y le vieron el rostro.

Marg. Me vió Marsilla? Si creeria que fue un artificio...? Crea lo que quiera: nada importa si he librado de un peligro á mi esposo.

Ped. Ven á mis brazos, mi bien, mi orgullo, mi angel tutelar. Contigo, qué necesito yo? Solo que me ames, que me honres siempre como ahora. Si algun dia cesase este afecto puro y tranquilo que hoy hace mi felicidad, ocúltame tu indiferencia, fascíname, para escusarme que desee la muerte.

Marg. Oh! no, esposo, no; yo no soy digna de tanto amor: besar el polvo de tus plantas. (*Se arrodilla.*)

Ped. Qué haces? Levanta, que vienen.

(*Margarita al alzarse besu la mano á su esposo.*)

ESCENA V.

ISABEL, con un canastillo de ropa. DICHOS.

Isa. Un escudero de don Rodrigo de Azagra os quiere dar un recado de su amo.

Ped. Ah! sí: deseará veros á hija y madre. Al cabo de un año de ausencia, es muy natural... No me ha hablado sino de tí (*A Isabel.*) desde que salimos de Monzon; y á no haberle detenido sus amigos, aqui se hubiera apeado antes de llegar á su casa. Voy á responderle.

(*Vase.*)

ESCENA VI.

MARGARITA. ISABEL.

Isa. Señora madre, aqui está la ropa ya aderezada.

Marg. Ponedla alli: la criada el lecho acomodará.

(*Isabel lleva el canastillo á la alcoba.*)

Isa. Daisme labor?

Marg. Vuestro aliño debe ocuparos: sabeis la visita que tendreis.

Isa. Dios mio! (*Aparte.*)

Marg. Bien el cariño de don Rodrigo merece de vos un honesto aseo.

Isa. Obedeceré.

Marg. Yo creo que su vuelta os entristece.

Isa. Ella la quietud escasa me arrebatá que tenia.

Marg. Ya de lo justo, hija mia, despego tan fuerte pasa. Si quiere la Providencia que seais de don Rodrigo...

Isa. Muestre su piedad conmigo, venciendo mi resistencia.

Marg. A vos sujetar os toca

del odio la injusta furia,
 pues á un caballero injuria
 que os hace merced no poca.

Noble sois á la verdad;
 mas quien su amor os consagra
 es don Rodrigo de Azagra,
 que goza mas calidad.

Jóven, galan, cortesano,
 con valor y con riqueza,
 qué desdeñosa belleza
 le rehusara su mano?

Siempre el honor es su norte,
 su ingenio todo lo abarca,
 le quiere el jóven monarca,
 le envidia toda la corte;
 y habeis de ver como al fin,
 del rey al potente arrimo,
 se alza al poder de su primo
 el señor de Albarracin.

Isa. Ese retrato es hermoso,
 pero poco parecido.

Marg. Vuestro padre le ha creído
 digno de ser vuestro esposo.

Prendarse de quien le cuadre
 no es lícito á una doncella,
 pues entonces atropella
 los derechos de su padre.

A él le toca la eleccion
 de esposo para su hija,
 y á ella á quien su padre elija
 darle mano y corazon.

Hoy dia, Isabel, asi
 se conciertan nuestras bodas;
 asi nos casan á todas,
 y asi me han casado á mí.

Isa. Y podreis sin inquietud
 sacrificarme á un abuso,
 lazo pérfido que puso
 el infierno á la virtud?

Qué ventaja viene á ser
 casarme con don Rodrigo?
 Lo que en hacienda consigo,

se me desquita en placer.
 Qué espero de una afición
 que de un capricho nacida,
 por la vanidad nutrida,
 maduró la obstinación?

Imagináis que él me ama?
 Pues abrigáis un error:
 lo que él dice que es amor,
 envidia, orgullo se llama.

A este hombre darme pensáis.

Marg. Yo no dispongo de vos.

Isa. Pero decidme por Dios,
 de parte de quién estais?

Aprobais mi boda ó no?

Marg. Qué vale mi parecer?

Yo tengo que obedecer
 á quien manda mas que yo.

Isa. Ah! si hallan los males míos
 en vos consuelo...

Marg. No mas:

no me recordeis jamas
 vuestros locos amoríos.

Yo por delirios no abogo.

Idos.

Isa. En vano esperé. (*Sollozando al retirarse.*)

Marg. Qué! Llorais?

Isa. Aun no me fue
 vedado este desahogo.

Marg. Isabel, si no os escucho,

no me acuseis de rigor:

yo temo vuestro dolor,

porque os compadezco mucho.

No dió á mi pecho aspereza

la túnica penitente,

resuena en él fuertemente

la voz de naturaleza.

Al Señor con fé sencilla

vuestro llanto consagrad.

Infinita es su piedad.

Aun puede volver Marsilla.

Isa. Ah! vos le nombráis! (*Arrebatada.*)

Marg.

Me asombro



CEU

Universidad
 San Pablo

Biblioteca Universitaria

de vos, Isabel, me espanto.
 Debeis agitaros tanto
 solo porque yo le nombro?
 Puede volver, es verdad;
 mas siendo cosa indecisa,
 conviene esperar sumisa
 la divina voluntad,
 y no con mano imprudente
 profundizar una llaga,
 cuyo dolor aunque halaga,
 mata por fin al paciente.

Isa. Símbles á quien delira!

Marg. Delirais... porque quereis.

Isa. Ah qué injusticia me haceis!

Ojalá fuese mentira!

Bien, señora, se me alcanza
 lo que exige la obediencia,
 mi estado, mi conveniencia,
 y en fin, mi poca esperanza.

Muerto es mi adorado ya:

cuatro años ha que no escribe.

Mas qué digo? vive, vive,
 pero cómo vivirá!

Quizá suspira en Sion

al compás de las cadenas,

quizá gime en las arenas

de la líbica region.

Con aviso tan funesto

no habrá querido afligirme.

Yo trato de persuadirme,

y sin cesar pienso en esto.

Hasta llegué á pretender

olvidarle, imaginando

que infiel estaba gozando

caricias de otra muger.

Hasta he juzgado posible

estimar á su rival,

ser á mi amor desleal,

y ser al suyo sensible.

Interesada la gloria

de Dios que invoqué en mi ayuda,

no tuve siquiera duda

de conseguir la victoria.
 Pero cuando mas ufana
 estaba de mi firmeza,
 cansábase de grandeza
 la debilidad humana,
 y ante el recuerdo sencillo
 de una mirada, un halago,
 hundíase con estrago
 de la virtud el castillo,
 y en sus ruinas vencedor,
 con risa maligna y fiera,
 tremolaba su bandera
 á mis ojos el amor.

Yo entonces al heroísmo
 nombre daba de falsía,
 rabioso llanto vertía,
 y antes bajar al abismo
 juraba en mi frenesí,
 que unirme al hombre fatal
 que lanzó el genio del mal
 del infierno contra mí.

Marg. Por Dios, por Dios, Isabel,
 moderad ese delirio:
 vos no sabeis el martirio
 que me haceis pasar con él.

Isa. Qué! mi audacia os maravilla?
 Pero estando ya tan lleno
 el corazon de veneno,
 cómo respetar su orilla?
 No á vos, á la piedra inerte
 de aquesa pared desnuda,
 á esa bóveda que muda
 oyó mi queja de muerte,
 á este suelo donde mella
 pudo hacer el llanto mio,
 á no ser tan duro y frio
 como alguno que le huella,
 á estos objetos invoco
 para confiar mi afán,
 que si alivio no me dan,
 no me afligirán tampoco.

Marg. Quién con ánimo sereno

la oyera? El dolor mitiga;
de una madre, de una amiga,
ven al cariñoso seno.

Conóceme, y no te ahuyente
la faz severa que ves;
ella una máscara es
que el pesar puso á mi frente;
pero tras ella te espera,
para templar tu dolor,
el tierno, indulgente amor
de una madre verdadera.

Isa. Madre mia! (*Abrázanse.*)

Marg. Mi ternura
te oculté con harta pena;
pero mi Dios me condena
á nutrirme de amargura.
Yo hubiera en tu amor filial
gozado, y gozar no debo.

Isa. Vos? Ah!

Marg. Por mis culpas llevo
el cilicio y el sayal.
Con mi halago recelé
dar á tu amor incentivo,
y solo por correctivo
dureza te aparenté;
mas oyéndote gemir
cada noche desde el lecho,
oyendo que en tu despecho
me llegaste á maldecir,
yo al Señor, de silencioso
materno llanto hecha un mar,
ofrecí mil veces dar
mi vida por tu reposo.

Isa. Cielos! Qué revelacion
tan grata! Qué injusta he sido!
Que tanto me habeis querido!
Madre de mi corazon!
Perdonadme... Qué alborozo
siento, aunque llorar me veis!
Seis años ha, mas de seis,
que tanta dicha no gozo.
Cuanto padezco mirad,

pues ya como dicha cuento
que mis penas un momento
suspendan su intensidad.

Pero este rayo de vida
que me deslumbra fugaz,
será una madre capaz

de escondérmele en seguida?

Madre, madre á quien adoro,
el labio os pongo en el pie:

mi aliento aquí exhalaré

si no cedéis á mi lloro. (*Póstrase.*)

Marg. Levanta, Isabel, enjuga
tus ojos; confía: sí,
cuanto dependa de mí...

Isa. Ya veis que en rápida fuga]
el tiempo desaparece.

Si pasan tres días, tres!

todo me sobra despues,

toda esperanza fallece.

Incapaz de consultar

mi padre con mis enojos,

pondrá á su fé por despojos
mi albedrío en el altar.

Vuestras palabras imprimen

en su alma la persuasion.

En mí toda reflexion

fuera desacato, crimen.

Sepa de vos que sin duda

peligro corre mi honor,

si contra un perseguidor

su defensa no me escuda.

Que algo se debe á la prenda

que vuestro amor estrechó,

ya que el cielo os otorgó

sangre pura y rica hacienda.

Que no se sujete al yugo

de ese qué-dirán tirano;

mas vale ser padre humano,

que padre hacerse verdugo:

y yo, señora, lo veo,

podrá llevarme á casar,

pero en vez de preparar

las galas del himeneo,
 que á tenerme se limite
 una cruz y una mortaja,
 que esta gala y esta alhaja
 será lo que necesite.

Marg. Mis esfuerzos te consagro,
 pero aunque yo los aumente,
 grande es el inconveniente,
 vencerle será milagro.

El carácter se te oculta
 de la edad en que naciste;
 tú en otra vivir debiste
 mas inocente ó mas culta.

En este siglo de acero,
 en que al salir á la tierra
 saluda al noble la guerra,
 la servidumbre el pechero,
 y por gracia á la muger
 se la considera en suma
 cual ave de hermosa pluma

destinada á entretener,
 amistad, sangre y amor,
 todo humano sentimiento
 se sacrifica al sangriento
 ídolo llamado honor.

Segun su alcoran decreta,
 mengua es enmendar lo errado,
 es vil el escarmentado

que imposibles no acometa,
 y se admira á quien del dicho
 á la ejecucion pasó

en empresas que dictó
 la imprevisión ó el capricho.

Yo al corazon de mi esposo
 debo arrancar la corteza

que le puso de dureza
 ese código horroroso,

y el afecto natural
 restablecer primitivo,
 veinte años ha fugitivo,
 al estrépito marcial.

Si con el habla se aprende,

si el honor es religion,
no ha de temer con razon
quien luchar con él pretende?

Isa. Y qué! de vuestra virtud
nada servirá el influjo?

Qué milagros no produjo
ya vuestra solicitud?

Por eso adoran en vos
mi padre y toda Teruel.

Ah! si vos le rogais, él
pensará que le habla Dios.

Quien tan solícito anda
buscando vuestro placer,

os ha de desatender
á la primera demanda?

Si, madre, haceos justicia,
y emplead al punto, ahora,

esa magia seductora
que la voluntad desquicia.

Mirad que vais á abogar
por mi eterna salvacion:

mis bodas de maldicion
crímenes van á engendrar.

Si soy de Azagra y no muero,
no traigas, ó Providencia,

no pongas en mi presencia
al que sabes cuanto quiero,

ó en tu justo tribunal

no me acrimines si al cabo,

en las entrañas me clavo
desesperada un puñal.

Marg. No, no, Isabel, cesa, cesa;

yo mi palabra te empeño,

no será Azagra tu dueño,

yo anularé la promesa.

Me oírás tu padre, y tamaños

horrores evitará.

Hoy madre tuya será

quien no lo fue tantos años.

ESCENA VII.

MARI-GOMEZ. DICHAS.

Mari. Don Rodrigo, don Rodrigo, señoras.

Marg. Don Rodrigo!

Isa. En qué estado nos sorprende!

Mari. Pues, sin vestir, sin peinar... Por mas que me he estado matando... Vamos corriendo al camarin.

Marg. Sí; retiraos, vestíos, y procurad calmar vuestra agitacion.

Isa. Madre mia, no os olvidéis de mí. (*Vase.*)

Marg. Que venga.

Mari. Voy. (*Hace que se va, y vuelve.*) Mirad que he de plantar á Isabel el vestido que yo guste. Las vírgenes discretas se pusieron la saya dominguera y encendieron las lámparas cuando vino el esposo.

Marg. Pero id, Mari-Gomez...

Mari. Asi lo dijo el Señor en la parábola... en la parábola de las novias. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO. MARGARITA.

(*Mari-Gomez, que vuelve con don Rodrigo, se retira luego que ha dado sillas.*)

Marg. Señor don Rodrigo.

Rod. Señora, al fin nos vemos.

Marg. Hacedme merced de tomar silla. Descansad en esta casa, ya que la prisa de favorecernos no os ha dejado sosegar en la vuestra.

Rod. Aprovechemos estos instantes en que nos hallamos solos. Antes de ver á Isabel quisiera oír de vos qué pensais del estado de su corazón, del de mis esperanzas. Cabe tanto en un año de ausencia!

Marg. Poco es lo que yo os podré decir. Como el respeto no permite á una hija franquearse con su madre en términos de...

Rod. Pero una madre sagaz observa y descubre.

Marg. Isabel ha gozado este año poquísima salud. Su sem-

blante os lo dirá á primera vista. Esta puede ser la causa principal de su melancolía, de su tristeza, pero...

Rod. Es decir que en su rostro podré hallar mudanza, pero no en su desamor.

Marg. Vos interpretáis mis espresiones...

Rod. En su verdadero sentido: á qué negarlo? Si vos no habeis hecho observaciones durante mi ausencia, yo sí las he hecho, y segun ellas hablo. Yo os he dirigido repetidos pliegos para Isabel; á ninguno ha contestado. Yo la he enviado lienzos, brocados, joyas: sé que jamas las ha empleado en su ornato. Aun no ha oprimido el lomo del brioso alazan que la remití últimamente, ni sus manos han tendido la preciosa ballesta que acompañaba al traje de caza.

Marg. Ya sabeis que la caza no la ofrece diversion.

Rod. Ha echado á volar los azores, ha regalado la jauria, ha dado las telas á los templos, las joyas á los pobres... No me desagradan estos rasgos de beneficencia; los aplaudo y admiro; pero qué prueban estos hechos unidos á otros? Una verdad bien triste, de que estoy convencido seis años hace. Que Isabel no me ama.

Marg. Si estais en esa creencia, me permitireis, don Rodrigo, que os haga una amonestacion amistosa? Bien sé que mi sexo está privado de voto fuera de la hilaza y de la costura; pero como dama y como madre, me creo con derechos á la indulgencia de un caballero.

Rod. Seguramente; y yo estoy obligado á respetaros por mas de un título. Hablad.

Marg. Don Pedro os ofreció la mano de su hija; pero la delicadeza de vuestro cariño, la elevacion de vuestro espíritu, vuestro mismo amor propio, se satisfacen con la posesion de una muger cuyo corazon confesais que no es vuestro? Qué seguridades de dicha os ofrece un matrimonio fundado en tan dudosos principios? Si el amor de Isabel saliera de la regla comun, si fuese ya tarde para que obrase en ella el desengaño, si la vieseis consumirse lentamente, víctima de un pesar mas violento cuanto mas oprimido, no maldeciriais entonces vuestro fatal empeño? Los zelos, los remordimientos harian fuerte presa en vuestra alma; la discordia, el odio, el infierno entero rodearia vuestro tálamo.

Rod. Qué funestos anuncios, señora! Por fortuna vuestro

ejemplo mismo los está desmintiendo. También vos amasteis antes de ser de don Pedro, y sin embargo habeis sido... el modelo de las esposas.

Marg. Esos elogios...

Rod. Yo sé cuánto los mereceis, señora... y espero de vuestra hija... aun mayores virtudes. Pero dejando esto á parte, yo tambien quiero haceros mis reflexiones. Isabel es cierto que no me ama; pero á quién ama ya? A un ser entredicho para ella, á un polvo insensible tal vez.

Marg. Y si Marsilla volviese aun, si antes de cumplirse el término se presentara colmado de riquezas...?

Rod. Pensais que eso me obligaria á ceder? Os engañais. Marsilla prometió desistir de su loca pretension si en el término de seis años no se enriquecia; pero yo no he prometido desistir nunca. Los Azagras no saben ceder. Todo el poder de Aragon y Castilla juntos no pudo despojar á don Pedro Ruiz del señorío de Albarracin. Si Marsilla volviera á competir conmigo, la espada decidiria la competencia.

Marg. Yo creo que debiera decidirla la voluntad de mi esposo. Quién pudiera disputarle el derecho de disponer de su hija?

Rod. Y quién me impediria el deshacerme de mi rival? Pero estas son amenazas inútiles: el velo que cubre el destino de Marsilla deja traslucir harto distintamente su tumba ó su miseria. Si yo estuviera penetrado de que la voluntad de Isabel era irrevocable, de que unida á mí con un lazo sagrado, su virtud no la habia de escitar á cumplir lo que jurase en los altares, seguramente no daria un paso mas en mi pretension; pero las opiniones se mudan, la razon recobra su imperio, los afectos se debilitan, se borran...

Marg. Ah! Don Rodrigo! el que cuenta tantos años de duracion...

Rod. Debe por lo mismo hallarse muy cerca de su término.

Marg. Con que persistis...?

Rod. Invariable. Un corazon como el de Isabel es un prodigio! es el fénix de su época. Cómo no admirarle y codiciarle?

Marg. Mas cuando se tropieza con obstáculos invencibles..

Rod. Para una voluntad firme no hay obstáculos. Habia yo de permitir que al fin de seis años quedasen burladas mis esperanzas? Que un obsequio, público ya en todo

el reino, finalizase tan vergonzosamente para mí? Este empeño se ha convertido ya en punto de honor, y don Rodrigo de Azagra sabrá quedar airoso en él, como en todos.

Marg. Y será justo que se sacrifique la dicha de mi hija á vuestra vanidad?

Rod. Yo me he sacrificado hasta ahora á sus caprichos; exijo mi desquite. Nada reclamo que no me pertenezca. Isabel no puede disponer de sí, no es suya; sus padres han ofrecido su mano; promesa quita propiedad, no es vuestra; á mí me la habeis ofrecido, Isabel es mia.

Marg. Ni lo es, ni lo será. Siento decíroslo, don Rodrigo: si seguís en un empeño tan temerario, al pie del altar oiréis un no que os afrente.

Rod. Vos contais demasiado con la eficacia de vuestras instigaciones. La boca, que solo incitada por vos se atrevería á pronunciar ese no, es sagrada para mí. Isabel es mi ídolo; todo, hasta el desden, me es respetable en ella; pero ay del que pretenda robar este ídolo de mi templo!

Marg. Don Rodrigo!

Rod. Vuestra repulsa me ha irritado, pero no me encuentra desprevenido. Receloso de ella, me proporcioné en Monzon cartas de favor para vos, que me figuro no dejareis desairadas.

Marg. En Monzon! Cómo! Explicaos.

Rod. Sabeis que los caballeros de la orden del temple estaban encargados de la custodia del rey en aquella fortaleza. Pues un caballero templario...

Marg. Un templario!

Rod. Me concedió su amistad desde que llegué al castillo. Yo le dí cuenta de mis malaventurados amores... y él...

Marg. Y él?

Rod. El me ocultó los suyos. Díjome sí que le habia traído á la religion el arrepentimiento, el deseo de espiar un delito, cuya causa habia sido el amor. Por varias expresiones que le oí despues llegué á creer que habia seducido...

Marg. A quién?

Rod. A una... (*Dando una mirada al trage de Margarita.*) religiosa

Marg. (Aparte.) Respiremos.

Rod. Mi amigo era de un carácter sombrío, melancólico, taciturno. Conocíase que le devoraba la carcoma de las pesadumbres. Ellas sin duda le habian hecho contraer un hábito tan estraño como peligroso. Ocupabamos una misma celda. Levantábase á veces en medio de la noche despavorido, recorria la estancia desatentadamente, hablaba, gemia, oraba... Llegábame á él para consolarle ó distraerle, y le veía con los ojos cerrados, muda la fisonomía... estaba dormido! Asaltada su razon de un delirio espantoso, prorumpia su lengua en mal articuladas frases, que ya escitaban la lástima, ya el horror. Desconfiado de su penitencia, se acusaba de adúltero...

Marg. Adúltero!

Rod. Veía abierto el infierno para tragarle; se esforzaba á disculpar, á nombrar á su cómplice...

Marg. A quién? á quién nombraba?

Rod. A una muger cuyo nombre jamas pudo entenderse.

Marg. Ah!

Rod. Por último... salimos ambos á una comision importante; partidarios del conde don Sancho, nos acometieron con ventaja, y el infeliz Roger de Lizana...

Marg. El es!

Rod. El es el que pereció. Ya lo habreis sabido.

Marg. Sí... ya lo sé. (*Aparte.*) Yo voy á espirar.

Rod. Y no habreis sentido su muerte: fue muy gloriosa.

Marg. Por favor... acabad.

Rod. Al desarmarle para dar sepultura á su cuerpo... hallo sobre su corazon unas cartas...

Marg. Cartas!

Rod. Dudo si las enterraré con el cadáver... y las conservo. Las leo; quiero aniquilarlas... y... las guardo, y hoy os las presento. Vedlas. (*Desarrolla unos pergaminos.*)

Marg. Piedad!

Rod. Leed: Margarita dice aquí... Margarita aquí... Margarita en todas.

Marg. Mias son, yo soy la adúltera, yo soy la cómplice. Oh! dádmelas, destruidlas, borradlas.

Rod. Para vos las he conservado. Yo os las entregaré... en el momento que me dé Isabel la mano.

Marg. Me las vendeis á precio de la infelicidad de mi hija!

Rod. Feliz ó infeliz conmigo, vuestra hija, menos hipócri-

ta, será mas honrada que vos; y yo, si vive mi rival, seré mas vigilante que don Pedro. Si Isabel no me ama, yo me pasaré sin su amor, y esta espada me responderá de su conducta. O emplead vuestra autoridad para hacerla mia, ó resignaos á ver estas cartas en manos de vuestro esposo. Meditadlo, y elegid. (*Vase.*)

Marg. Dios de misericordia!



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

MARI-GOMEZ. *Despues* ZULIMA.

Mari. (Asomada á un balcon, habla á una persona que está en la calle.)

Sed bien llegado. Cómo!

Si os permito, decis,
descansar un momento?

Y dos y cuatro y mil.

Qué poco sabeis dónde
hospedage pedis!

Galvan, ten ese estribo.

Vos, bello paladin,
dad al mozo de casa

esas armas. Subid. *(Quítase del balcon.)*

Olalla! El forastero
es como un querubin. *(Sale una criada.)*

Pronto, una magra, vino,

(A la criada, que oida la orden, parte á ejecutarla.)

fruta, agua, pan. No vi

en mi vida un mancebo

de cara tan gentil.

Por otra menos bella

del claustro me salí.

(Sale Zulima en traje de caballero aragonés, cubierta de polvo, y muy agitada.)

Llegad acá, sentaos.

Estais hecho un carmin

de sofocado. Cierro,

que es el viento sutil.

(Junta las hojas del balcon: los vanos de los postigos tendrán lienzos en vez de vidrieras.)

Si os dañara, sería
un dolor para mí.

Zul. He llegado á su casa. (*Aparte.*)

Mari. En ocasion venis
que estan fuera mis amos.

Zul. Maldicion sobre tí! (*Aparte levantándose.*)

Mari. Solo está mi señora
la jóven.

Zul. Soy feliz. (*Aparte.*)

Mari. Mas nosotros tenemos
orden de recibir
á cuantos se presenten...

(*Salen dos criadas con varios platos, jarros, vasos de estaño &c., que ponen en una mesa inmediata á la silla donde se sentó Zulima.*)

Con que, vaya, admitid
este pobre agasajo.

Un trozo de pernil

y un trago. (*Zulima coge con ansia un jarro, y bebe.*)

Que eso es agua!

No, por San Agustin,
no bebais: aqui hay vino.

Qué habeis hecho, infeliz?

Agua y sudando! Vais
á mataros así.

Zul. La sed me devoraba.

Mari. Aprended á vivir.

Todo un padre vicario
era á quien yo le oí
que es un pecado el agua
al vino preferir.

Comed algo.

Zul. No vine
para comer aqui. (*Paséase con desosiego.*)

Mari. Mas descansad siquiera.

Qué inquietud! qué tragin!

Cuál muestra su viveza
la sangre juvenil!

Zul. Vuestra jóven señora
me querrá permitir
que las gracias le rinda...?

Mari. De qué? Nada admitis.

Zul. Podré verla?

Mari. Mancebo,
yo os quisiera servir...
Sois cortés, sois gallardo...
pero eso que exigis...
Mi señora es doncella,
y sin contravenir
á su decoro...

Zul. (Con imperio.) Esclava,
id, llamadla. Partid.

Mari. Esclava yo! pues tengo
pinta de marroquí?
de argelina? Yo soy
libre, noble, y en fin,
cristiana vieja.

Zul. Cómo
dudarlo?

Mari. Esclava á mí!
Los Gomez cuando vino
Santiago á convertir,
eran ya tan cristianos
como fue el rey David.

Zul. Pero...

Mari. Y gracias al cielo,
ni moro ni gentil
jamás en ellos hubo,
ni maniqueo, ni
valdense, ni albigense,
ni por ningún deslíz
saco de penitencia
tuvieron que vestir.
Esclava! me ha gustado!

Zul. Perdonadme: viví
en tierra donde abunda
la condición servil...

Mari. Venís de Palestina...?
Ya lo iba yo á decir.
Si se os conoce el aire
que tienen los de allí.
Por qué lo habeis llamado?
Siempre gusta el oír
noticias de la guerra

con esa gente ruin,
y el rigor del honesto
recato mugeril
puede templarse en gracia
de quien pisó el país
donde al Señor le plugo
cuna y tumba elegir.

Llama á Isabel corriendo. (*Vase una criada.*)

Vereis un Serafin
de rostro y de virtudes.

Zul. Mi intento conseguí. (*Aparte.*)

Mari. Bien que, cómo pudiera
su sangre desmentir?

Buenos padres... y luego
yo que la dirigí...

Zul. De su virtud no dudo...

si te puede sufrir. (*Aparte.*) (*Vase la otra criada.*)

ESCENA II.

ISABEL. DICHAS.

Isa. Guárdeos Dios, caballero.

Zul. Y á vos cual yo le pido, señora. (*Aparte.*) Mi rival
es esta.

Mari. Es mi ama.

Zul. Prevencion inútil. (*Aparte.*) Mi sangre me lo hubiera
dicho. (*A Isabel.*) La gratitud al cordial obsequio que
he hallado en vuestra casa no me permitia dejarla sin
agradecérosle. Por esto me atreví...

Isa. La hospitalidad, que es una obligacion para todo ara-
gonés, para mis padres es cumplimiento de un voto.
Nada nos debeis.

Zul. Hermosa habrá sido. (*Aparte.*)

Isa. Pudiera sin imprudencia saberse de dónde venis?

Marg. De la tierra santa.

Isa. De la tierra santa!

Zul. Sí. Hace ya tiempo que llegué á España. (*Aparte.*)
Qué animacion en su rostro!

Isa. Y decidme... habeis conocido allá algun caballero de
esta ciudad?

Zul. De Teruel? Sí, conocí á uno.

Isa. Os acordais de su nombre?

Zul. Ramiro Montalvan.

Isa. Montalvan! No hay familia en Teruel de ese apellido.

Zul. Ah! sí, que este nombre era supuesto. No he sabido hasta hace poco el verdadero. Llamábase pues... don Diego...

Isa. Marsilla!

Zul. Ese era su apellido.

Isa. Cielos! Dios os ha traído sin duda á Teruel. Decidme, caballero, decidme: dónde dejais á Marsilla? Cuánto ha que os separásteis de él? Cuál era su situacion entonces? Por Dios que me lo digais.

Zul. Ahora reflexiono que siendo natural de esta ciudad... yo no he preguntado... Estoy en su casa? sois vos su hermana?

Isa. No, no es esta su casa, no soy hermana ni deuda suya; pero... me interesó tanto por él!

Zul. Así me lo parece. Señora, nadie os pudiera dar tan buenas noticias como yo.

Isa. Buenas! Dios os lo premie.

Zul. Marsilla, cargado de honores y riquezas adquiridos en Palestina, se hizo á la vela para España.

Isa. Cómo? viene ya? ya vuelve?

Zul. Ya ha vuelto mucho tiempo hace.

Isa. Ha vuelto, decís? y ha tiempo? Dios mio! Pero cómo no ha llegado ya á Teruel? A qué se ha detenido? No habeis dicho que era ya rico? Creo que habeis dicho eso.

Zul. Un amigo suyo que murió en la Siria le dejó heredero de sus bienes.

Isa. Ah! Pues él debia haberse restituido inmediatamente á su patria.

Zul. No tuvo él la culpa de que al volver le cautivaran en las costas de Valencia.

Isa. Desventurado! Está cautivo!

Zul. Ahora... ya se halla libre.

Isa. Me salvais la vida. Acabad.

Zul. Durante su esclavitud en Valencia, su gallardía y sus amables prendas hallaron gracia en los ojos de la esposa del rey.

Isa. Qué decís! Una mora se prendó de él! Una muger casada! Qué infamia! Gente sin fé ni ley. Y esa muger

era hermosa? Dicen que las moras valencianas son muy bellas. Pero él... él no la amaria.

Zul. No, yo os puedo jurar que no la ha amado. Yo me hallaba á la sazón en Valencia. De allí vengo ahora. Sé, á no dudarlo, que desechó, que despreció el amor de la princesa.

Isa. Ah! no esperaba yo menos de su corazón.

Zul. (*Aparte.*) Presuntuosa! Cómo se envanece!

Isa. Un caballero cristiano rendirse á las seducciones de una enemiga de su Dios! No era creible.

Zul. Cierto. Mucho mas cuando Marsilla tenia tambien amores en Teruel.

Isa. Eso sabiais?

Zul. Sí: de él mismo lo supe. Vos conoceréis á su dama. Es hermosa?

Isa. No, caballero; la hermosura no resiste á la desgracia, y la amante de Marsilla ha sido muy infeliz. Algun dia la envidiaron, la aborrecieron sus mas lindas compañeras; ya todas la aman, todas la compadecen.

Zul. Los pesares de esa dama prueban que era digna del amor de Marsilla. El, anhelando reunirse con la que amaba, espuesto al furor de la sultana ofendida...

Isa. Qué! fue capaz de rendirse...?

Zul. (*Aparte.*) Ella propia me indica... (*A Isabel.*) Os parece facil resistir á una reina hermosa que ruega y amenaza?

Isa. Péfido! Inicua muger! Desventurada!

Zul. Podeis creer que solo le moveria á esto el ansia de recobrar su libertad: no le quedaba otro medio. Yo me disponia entonces á salir de Valencia. Vuestro paisano hubiera podido acompañarme; pero su destino mudó de aspecto. Solo ha venido conmigo una joya suya.

Isa. Una joya! (*Aparte.*) Si fuera...! Pero despues...

Zul. Despues... descubrió el rey la traicion de su esposa...

Isa. Cielos!

Zul. Segun las leyes del pais, ambos merecian la muerte.

Isa. La muerte! Dios eterno!

Mari. Son esas las buenas noticias que traeis?

Zul. Quise decir ciertas, seguras. Ademas que para vos (*A Isabel.*) nunca pueden ser de un interes muy grande. No sois deuda de Marsilla; su dama me habeis dicho que no es bella; vos sois hermosísima; no sois su dama.

Qué os puede importar el que antes de ayer hayan tenido fin sus miserias?

Isa. Santo Dios! (*Desmáyase.*)

Mari. (*Acudiendo á sostenerla.*) Señora! Señora! (*A Zulima.*) Qué es lo que habeis hecho? Olalla! Jimena! (*Salen las dos criadas.*) Un vaso de agua. Válgame Jesus! Ayudadme.

Zul. (*Aparte.*) Sabe amar esta cristiana. Yo sé mas, sé vengarme.

Mari. Isabelita. (*A una criada.*) Dad acá para rociarle el rostro. (*A Zulima.*) No pudisteis conocer con quién estabais hablando?

Zul. Miserable! Sabes á quién hablas tú?

Mari. Aun no vuelve.

ESCENA III.

MARGARITA. DICHAS.

Marg. Qué es esto? que ha ocurrido? Mi hija!

Mari. Ese caballero, en mala hora venido...

Zul. Sí: ved el efecto de una imprudencia mia: anuncié á vuestra hija, sin saber quién fuese, la muerte de Diego Marsilla...

Marg. Marsilla!

Zul. Solo al verla desmayada pude conocer que ella era á quien debia entregar una joya que me dió en Valencia el mismo Marsilla. (*Isabel hace un movimiento y su madre acude á ella, olvidando á Zulima.*) Ahí queda. (*Pone la joya sobre la mesa.*) Perdonad que tan aciagamente haya desempeñado mi mensage. A Dios. (*Vase.*)

Mari. Id con mil demonios.

ESCENA IV.

MARGARITA. ISABEL. MARI-GOMEZ.

Marg. Isabel, Isabel mia.

Isa. Madre! Es mi madre?

Marg. Sí, querida hija, alentad.

Isa. Madre! Ha muerto! Ha muerto!

Marg. Hija infeliz!

Isa. Ha muerto... porque me ha vendido. Ingrato!

Marg. Desahogaos en mi seno. Venid, yo mezclaré mis lágrimas con las vuestras.

Isa. Ha muerto! ya todo se acabó, ya no hay esperanza, ya no tengo porque vivir. Si era preciso. Cómo, al abandonarse á los brazos de una adúltera, no pensó que provocaba el enojo del cielo, del cielo que, aun inocentes, se ha ensañado contra nosotros? Infeliz!

Mari. (*A Margarita.*) La adúltera es la muger del rey de Valencia.

Marg. El cielo, que os presenta este cáliz de amargura, os dará tambien fuerzas para beberle. Procurad sosegaros.

Isa. Sosegar! Amad veinte años, amad toda la vida, vivid solo con la esperanza del logro de un amor legítimo; perded de un golpe todas las ilusiones de la vida y del alma; conoced que habeis amado á un traidor, un aleve, y sosegaos, y tranquilizaos! Decid al mar que se aplaque cuando sopla el viento mas embravecido. Muerto por amores con una infiel! Se ha ausentado ya ese fatal mensajero, sin aguardar á esplicarme...? Yo quiero saber mil cosas, quiero que me satisfaga mil dudas. Llamadle: llámale, María.

Marg. Sí, yo tambien quiero preguntarle... Idle á buscar.

Mari. No os desconsoléis, Isabelita. Quién sabe? La edad de ese jóven, un tonillo de ironía, cierta confusion que he creído notar en su semblante... todo me hace sospechar si nos habrá engañado. (*Vase.*)

Isa. No, nunca las nuevas del mal son falsas. El habló ademas de una joya..

Marg. Aqui la ha dejado. (*Dásela.*)

Isa. La veís, querida madre? la conoceis? Esta joya era mia. Yo se la dí la vispera de su partida. El me prometió no separarse de ella. " Si en medio de las lides que voy á buscar, me dijo, hallo la muerte, devuelta te será esta prenda empapada en mi sangre. Amigo ó enemigo, no faltará quien se encargue de ponerla en tus manos." Ya ha llegado á ellas: aquí está. Y he de dudar de su muerte? (*Sale Mari-Gomez.*)

Mari. Montó á caballo asi que salió de aqui. Ya estará fuera de la ciudad.

Marg. (*Aparte.*) No sé qué pensar de esto. -- Retiraos, Mari-Gomez.

Mari. Repito que ese barbilampiño tenía pinta de embustero y de mal intencionado. Bien decia mi padre vicario: *Meliora sunt ubera tua vino.* Mala hora coja al que no beba vino. (*Vase.*)

ESCENA V.

MARGARITA. ISABEL.

Isa. Que es don Diego desleal!

No hay fé entonces en la tierra.

Madre, lo creéis? Yo no,

no lo creo; ni creyera

á mis ojos si lo viesen.

Si no es posible que sea;

si á haberme sido traidor,

mi pecho lo presintiera,

y jamas ni un solo instante

sospeché de su fineza.

Misterio hay aquí sin duda.

El me amaba. -- Qué aprovecha?

Ya murió.

Marg. Isabel querida...!

Isa. Venga don Rodrigo, venga,

reclame mi mano; ya

le aguardo con impaciencia.

Sí, porque para morir

otra cosa no me resta.

Marg. No, la razon...

Isa. Con qué orgullo

asirá Azagra mi diestra!

"Ya eres mia, me dirá,

vana fue tu resistencia,

vano el desden; tu amor tuvo

que postrarse ante mi estrella.

Me despreciabas, me odiaste:

ya á la autoridad sujeta

estás del que despreciabas."

Si el llanto mi rostro anega,

deten, me dirá, ese llanto,

que es de mi honor en ofensa,

y tendré que detenerle.

Y cuando suspirar quiera,
deberé ahogar el suspiro,
que mirará como muestra
de un afecto criminal...

y lo será!-- No.-- Firmeza!

Con una palabra evito
que nadie acusarme pueda.

Marg. Cómo! Ya conoceréis
que ninguna excusa os queda...

Isa. Yo á don Rodrigo hablaré:

sí, yo le diré resuelta:

Si hallar la dicha pensais
con hacerme esposa vuestra,
sabed que en mi pecho habitan
la amargura y la tristeza.

Conocéis en esta cara
marchita y amarillenta,
en estos ojos que cubre
de dolor oscura niebla,
en este labio en que siempre
un ay lastimero suena,

en esta efigie animada
del pesar, veis la belleza
que llamasteis algun dia
en mil trovas lisonjeras
perla del Guadalaviar,
de Teruel fúlgida estrella?

Mi sangre está ya viciada,
corre acibar en mis venas,
va á contagiarnos mi mano,
y en union tan mal dispuesta,
en vez de felicidad,
solo encontrareis vergüenza,
remordimientos, hastío,
desesperacion violenta,
y con mi fin prematuro
vuestra desgracia perpetua.

Marg. Y tendrás valor...?

Isa. Valor!

Decidme si hay por qué tema:
decid si dudais que arrojo
un desesperado tenga.

Marg. Si os manda un padre...

Isa. Diré

que no.

Marg. Si una madre os ruega...

Isa. No.

Marg. De rodillas.

Isa. Mil veces

no. Podrán enhorabuena,
de los cabellos asida,
arrastrarme hasta la iglesia,
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirle de áspera jerga,
emparedarme en un claustro
donde lentamente muera;
todo esto puede mi padre,
pero arrancar á mi lengua
un sí perjuro, no.

Marg. Tú
has dictado mi sentencia;
mi suerte me vaticinas.
No serás tú quien se vea
de un monasterio en la cárcel
sepultada con afrenta,
destrozada, emparedada;
seré yo, yo, que deshecha
en lágrimas, á tu padre
pediré por gracia estrema
que el corazon me atraviese,
y veré que me la niega,
porque mas lento, mas crudo
suplicio es justo que sienta.

Isa. Vos á quien mi padre adora!

Marg. Quizá hoy mismo me aborrezca,
cuando le haga ver Azagra
con irrecusables pruebas
que su amor puro y leal
en una adúltera emplea.

Isa. Gran Dios!

Marg. Sí, casada y madre,
la seducción halagüena
del amante me rindió
que fue mi afición primera.

Vino el arrepentimiento ;
 volé al altar ; penitencia
 crüel que durar debía
 por diez años fuéme impuesta ,
 y la cumplí , y la seguí
 mucho despues que cumpliera .

Si entrases en mi oratorio ,
 donde nadie jamas entra
 sino yo , si las paredes ,
 si aquel pavimento vieras
 que cubre de sangre mia
 gruesa y hórrida corteza...
 los cilicios... oh ! quizá
 de mi castigo sintieras
 mas piedad que indignacion
 de mi orgullo . -- Satisfecha
 de la espiacion , creí
 ya merecer que secreta
 la culpa hasta el dia último
 del universo yaciera .

Juzga tú de mi terror
 cuando instando á que cediera
 de su pretension á Azagra ,
 las cartas ayer me muestra
 por mí á mi cómplice escritas ,
 y me amenaza ponerlas
 en las manos de tu padre
 si tú la tuya le niegas .

Isa. Con qué hay tambien infortunio

(*Despues de un momento de pausa.*)

que á mi infortunio supera ?

Hay un ser á quien salvar
 yo de su despecho pueda ?

Marg. Salvarme ! no lo merezco .

Salvarme ! quién te lo ruega ?

Para hacer tal sacrificio

qué me debes tú ? Dureza ,

rigores . Si soy tu madre ,

si te amé , cuándo halagüeña ,

cuándo amorosa me viste ?

Ayer .

Isa. O madre ! pudierais

:

dudar de lo que hacer debo,
de lo que haré? -- Sí, que incierta
yo tambien estoy. -- Mas cómo?
no soy hija? no se encuentra
mi madre en riesgo? nó puedo
librarla? Mi vida es vuestra,
tomadla: asi Dios, asi
lo manda naturaleza.

Casarme con don Rodrigo!

Albricias, alma, no temas!

Marsilla es muerto.

Marg. (*Aparte.*) O rubor!

Isa. Y me ha ofendido. No es cierta
su traicion? Decidme, madre,
que me ha olvidado en la ausencia,
y que en una mora puso
el amor que me debiera.
No es cierto tambien que Azagra
una alma zelosa alberga,
iracunda, vengativa?
que mis ayes y querellas
se le harán insoportables,
y querrá que los contenga,
no podré, y se irritará,
y me matará?

Marg. Isabela!

Qué horror!

Isa. Tengo yo tambien
cartas amantes que lea.
Yo las tengo, y algun dia
las verá Azagra.

Marg. Oh si fueran
las mias tan inocentes!

Isa. Inocentes! Sí: pureza
respiran todas, pasion
que ni culpable ni nueva
parecerá á don Rodrigo.

Veis esto, madre? Son esas

(*Mostrándola un retrato.*)

sus facciones? Pues sabed
que mi mano ruda, indiestra,
ese bosquejo trazó

sin que dechado tuviera
mas que la imagen, que fija
en mi pecho se conserva.

Permitidmele besar
por última vez... por esta.

Tomad. Hecho el sacrificio
está ya, y estoy serena...
tranquila... como la tumba.

Imitad vos mi entereza,
mi calma... y no me digais
ni una palabra siquiera.

Vuestra fama está en mi mano:
la conservareis ilesa.

Se casará vuestra hija;
no importa lo que le cuesta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARGARITA.

Santo Dios! Qué es lo que hice?

Soy madre yo? No lo soy:
en mi corazón estoy

oyendo una voz que dice:

Tú has abusado, infelice,
con egoísmo cruel
de la virtud de Isabel

por evitar tu castigo.

Si bárbaro es don Rodrigo,
compárate tú con él!

Pero dónde hay resistencia
para renunciar al fruto

de quince años que en tributo
consagré á la penitencia?

Me ofreceré á la presencia
de mi esposo y de Aragon
con el hediondo borron

del crimen que cometí?

En mal hora merecí
tan buena reputación.

Con placer me sujetara
del castigo á la fiereza

como solo en mi cabeza
 su peso se acumulara;
 pero si se divulgara,
 si sabe el mundo mi error,
 la mengua y el deshonor
 mas oprimen á mi esposo.
 Qué golpe tan horroroso!
 Le va á matar el dolor.

Viva Segura, Dios mio;
 si nueva culpa cometo
 por conservar mi secreto,
 tú verás como la espío.
 Yo de mi Isabel confio;
 su amante ya pereció;
 la suerte me sujetó
 este partido á tomar:
 me puedo sacrificar,
 pero á mi marido no.

ESCENA

MARQUITA

Santo Dios! Qué es lo que hice!
 Soy muerta yo? No lo soy:
 en mi corazón estoy
 oyendo esa voz que dice:



Tú has apurado, insensato,
 con egoísmo cruel
 de la vida de Isabel
 por evitar tu castigo.
 Si dábais es don
 compráis el corazón
 Pero donde hay
 para renunciar al
 de veinte años de
 consagró á la patria
 Me ofreció á la patria
 de mi esposo y de Aragón
 con el beduado de
 del crimen que cometi
 En mi hora de
 tan buena reputación
 Con placer me substra
 del castigo á la muerte

ACTO CUARTO.

PRIMERA PARTE.

Decoracion corta que representa el camarin ó gabinete de doña Isabel. Una puerta grande en el fondo que al abrirse dejará ver una larga sala; otra puerta menor á un costado.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL. MARI-GOMEZ.

(Aparece Isabel ricamente vestida sentada en un sillón delante de una mesa, sobre la cual descansa un espejo metálico sostenido por un atril. Mari-Gomez está acabando de adornar á su jóven ama, cuyas galas forman singular contraste con su profunda melancolía y abstraccion.)

Mari. Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo: alzad ese rostro. Qué tal? *(Isabel levanta maquinalmente la cabeza y vuelve á inclinarla sin haber fijado la vista en el espejo.)* A esotra puerta. Miren qué trazas de novia! Pues si está cuando se case tan distraida, entonces sí que será lance donoso! Vamos con las manillas. *(Va á abrocharle una manilla, y se le escapa el brazo.)* Pero sostened el brazo vos. Vaya, esto es amortajar un difunto. *(Pónele las dos manillas, manejándola los brazos á su arbitrio.)* Para el collar me dejaré de historias. *(Alzale la cabeza: Isabel da un suspiro.)*

Isa. Ah!

Mari. La prenderemos aqui el velo como se pueda. *(Lo hace.)* Qué falta? creo que nada. Vamos, bien estais. Ello me habeis hecho perder la paciencia treinta veces. Y yo que quisiera poneros hecha una imagen, yo que me miro en vos! Por fin, ya llegó el día de ve-

ros ataviada. Hoy resucitais las envidias que han estado enterradas seis años.

Isa. (Siempre enagenada.) Marsilla!

Mari. (Aparte.) Dios le haya perdonado. (A Isabel.) Ahora... yo diré á don Rodrigo lo que hace al caso. Cada domingo me habeis de estrenar una gala. Os he de hacer pagar el desalifio de doncella con el esmero de casada.

Isa. Casada... (Esta espresion la saca de su enagenamiento: mira á Mari-Gomez, se ve en el espejo, se mira á sí propia, reúne sus ideas, y dice luego con melancólica sonrisa.) Ah! es mi último vestido.

Mari. El dulcísimo nombre de Jesus! *Libera nos á malo.* No lo querrá Dios, Isabelita de mi alma, no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como mereceis. Pero salid de ese abatimiento, que no pareceis sino un reo sentenciado á muerte. Mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

Isa. (Con sobresalto.) Qué hora es ya?

Mari. No tardarán en tocar á visperas ahí al lado en San Pedro. Es la hora en que salió don Diego de Teruel, y hasta que cumpla, no está libre mi señor de su promesa.

Isa. Sí, á esa hora, á esa hora misma, seis años hace, partió de su patria el infeliz Marsilla... para nunca volver. En este mismo aposento me hallaba yo; allí, delante de ese balcon estaba: mis ojos regaban copiosamente mi labor como ahora mis galas nupciales. Continuamente se dirigian mis inquietas miradas á la calle por donde habia de pasar para verle... como ahora que no le verán. Por allí vino, montado en el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis rejas. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Allí se detuvo: desde allí me dirigió el á Dios postrero. Hasta la dicha, ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, exclamé yo enagenada, tuya ó muerta fui á repetirle, y oprimido el corazon de la angustia, caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. Suya ó muerta! y voy á dar la mano á don Rodrigo. Bien cumplo mi palabra!

Mari. Hija mia, desechad esas ideas. Yo qué os he de decir para consolaros? Vos sabeis mas que yo: yo no soy mas que una pobre muger, que porque vos reco-

braseis la paz del alma, porque fuerais feliz, daría todos los días que le quedan de vida, menos uno para verlo.

Isa. Con que tanto me quieres, María? Con que te afligen tanto mis pesares?

Mari. Hija Isabel, no han de afligirme? Pues qué! El haberlos recibido al nacer en mis brazos, haber mecido vuestra cuna, veinte y cuatro años de afán continuo no han de haberme inspirado ley? Quién mas acariciada, mas mimada que vos de mí? Qué madre mas indulgente con una hija que yo con vos? No quita esto que os riñera: sí señor, cuando convenia; pero cómo os regañaba? Siempre mis sermones os hacian reir. Miento: ni reir ni llorar, porque como no me escuchabais las mas de las veces.. Y á fé que aun no habeis perdido esa mafia. Desagradecida! Vos habeis tenido en mí otra madre, y yo solo he tenido en vos una discípula sorda. *Discipulis surdis*, como dijo San Paralipómeno.

Isa. Perdóname, amada María; no soy ingrata. Dame un abrazo. Si vieras...! me cuesta tanto trabajo atender á lo que me dicen! Tengo una pesadez, una desazon...

Mari. Válgame Dios! y mi señora que no está en casa! Se marcha á asistir al hijo del juez, sin pensar que puede hacer falta aqui. Yo voy á llamarla corriendo.

Isa. Para qué? Yo padezco, pero en el alma; quién cura esta dolencia? Parece que dentro de mí se levanta una voz sediciosa, terrible, voz que no viene de mi voluntad, que viene sin duda del infierno, (*Mari-Gomez se santigua.*) que me instiga á despreciar, á hollar los vínculos de la naturaleza, los respetos del trato humano, los mandamientos de la ley; á hacer daño á otro; á no impedir males, porque me cuesta demasiado el impedirlos. Tú no me entiendes, María; pero si te acuerdas del año en que una enfermedad pestilente guió su carro estermador sobre este reino, en que la mitad de España se ocupaba en abrir sepulturas para la otra mitad que perecia; si te acuerdas de aquella recia batalla que se dieron en mi cuerpo la vida y la muerte, en que la muerte quedó vencida, tendrás una lejana idea del combate mental que sufro, cuyos golpes hieren todos en mi carne, y cuyo fin no sé cuál será.

Mari. Vaya, vaya; yo voy por mi ama. Y que tambien...

aunque envió á decir que por ella no se aguardase, siempre es mejor que os acompañe á la iglesia.

Isa. Ah, sí! que venga. Dila que necesito su presencia, que es preciso que no se aparte de mí.

Mari. Descuidad, que no volveré sola. (*Vase.*)

ESCENA II.

ISABEL.

Condúzcame al altar mi madre, dícteme el sí su labio, dígame que si no le prefiero, le doy la muerte... sino... no sé si le pronunciaré. Ayer, al acabar de oír la fatal revelación, antes de darme tiempo para conocer la inmensidad del sacrificio, entonces debían haberme presentado á Azagra. Hoy está ya roto el hechizo, frío el entusiasmo, y fatigada la virtud, rehusa repetir el esfuerzo. Lo estoy viendo: con los ojos clavados en el angustiado semblante de mi madre, con el alma ardiendo en el deseo de salvarla, con la lengua pronta á obedecer á mi padre, saldrá de lo mas hondo de mi pecho un no que nadie, ni yo misma, podré detener. Qué veo! Don Rodrigo! (*Está parado junto á la puerta lateral.*)

ESCENA III.

DON RODRIGO. ISABEL.

Rod. Mis ojos por fin os ven

á solas, angel hermoso.

Siempre un amargo desden

y un recato rigoroso

me han privado de este bien.

Trémula estais; ocupad

la silla.

Isa. Ante mi señor!

Rod. Esclavo direis mejor.

Soberana es la beldad

en el reino del amor.

Isa. Mentida soberanía!

Rod. De mi rendimiento fiel

que dudarais no creía.

Si á conocer, Isabel,
llegaseis el alma mia...!

Isa. Es noble, es humana, es bella!
No ha mucho que lo ha mostrado.

Rod. Tal siempre ha sido mi estrella:
descubrir no me ha dejado
sino lo deforme en ella.

Un Azagra conoceis
orgullosa y vengativa,
y otro, oyéndome, vereis,
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podeis.

El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
no le conoceis, señora,
y nos conviene á los dos
una esplicacion ahora.

Isa. Si pretendéis abonar
un odioso proceder,
en valde os vais á cansar.
Mejor, á mi parecer,
para ambos será callar.

Rod. Isabel! Dishonra y muerte
y eterna condenacion
no hacen en mi ánimo fuerte
la dolorosa impresion
que la idea de perderte.
Maldicion mas espantosa
no pudo echarme jamas
una lengua venenosa
que decir: No lograrás
hacer á Isabel tu esposa.
Vuestra madre, mi rival,
que de la tumba se alzara,
cualquier osado mortal
que entre vos se colocara
y entre mí para mi mal,
ante mis zelos cayera
en sangriento sacrificio:
no hay medio que yo omitiera,
de violencia ó de artificio,
como á vos me condujera.

Poderos para ser
vuestro necesario;
lebrar á mi querer
es acercarme al cielo
y hacermele con
No me interrumpas: sin duda
vais á decir... con razón
pud' esperar de amor tan puro
dejando de ser pasión,
en barbaie ya se muda.
No vuestro amor delicado
me piteis para mi libertad:
quién no le haya expresado
en seis años vuestra lengua
sin haberlo yo escuchado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla amante, ¡el!
su fervor, que el no vio,
yo he visto. No hay llave que
que doble no tenga yo.
Vers fue mi ocupacion
y otros de noche y día;
Y deserte de Moxon
siempre que lo permitia
mi sagrada obligacion.
Véndose el balcon sentada
por las noches á la luz,
mi lista era pagada:
no ha sido mujer alguna
de amante tan respetada.
Para romper mis prisiones,
para delictos hallaros
fueron mis indagaciones;
y siempre para aboratos
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de losojeros sagrados,
un favorable momento
hace que espero seis años,
y con ligero de lección
Pero por ventura ya
no puede estar muy distante.

Poseeros para ser
 virtuoso necesito;
 robaros á mi querer
 es acercarme al delito
 y hacerme comer.
 No me interrumpais: sin duda
 vais á decir... con razon...
 qué especie de amor tan ruda,
 dejando de ser pasion,
 en barbarie ya se muda.
 No vuestro amor delicado
 me pinteis para mi mengua:
 quizá no le haya espresado
 en seis años vuestra lengua
 sin haberlo yo escuchado.
 Cuantas cartas escribió
 Marsilla ausente, leí;
 su retraro, que él no vió,
 yo he visto. No hay llave aqui
 que doble no tenga yo.
 Veros fue mi ocupacion
 y oiros de noche y dia;
 y deserté de Monzon
 siempre que lo permitia
 mi sagrada obligacion.
 Viéndoos al balcon sentada
 por las noches á la luna,
 mi fatiga era pagada:
 no ha sido muger alguna
 de amante tan respetada.
 Para romper mis prisiones,
 para defectos hallaros
 fueron mis indagaciones;
 y siempre para adoraros
 encontré nuevas razones.
 Seducido el pensamiento
 de lisonjeros engaños,
 un favorable momento
 hace que espero seis años,
 y aun llegado no le cuento.
 Pero por ventura ya
 no puede estar muy distante.

Isa. Qué! Pensais que cesará
mi pasión, muerto mi amante?
No, lo que yo vivirá.

Rod. Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo;
que con ese amor tan fiel,
aunque á mí me cueste caro,
nunca me hallareis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
cuya espresion no limito,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.
No mas que el nombre! y concluyo
de desear y pedir:
de mí todo afan escluyo
solo con poder decir:
Me llaman marido suyo.
Separada habitacion,
distinto lecho tendreis.
Quereis mas separacion?
Vos en Teruel vivireis,
yo en la corte de Aragon.
Temeis que la soledad
bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
con vos; mudareis en suma
de casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
veré esos divinos ojos:
mas dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia
ya cañas, ya la batida,
ya músicas dispondrá:
si llorais... Prenda querida!
Cuando lloréis, qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Nací altanero, servil
la suerte aduló mi gusto
desde la edad infantil.
Hiceme inflexible, adusto;

soy tirano en la viril.
 Pero qué he de hacer, si en vano
 luchó con mi condicion?

Piedad de mi orgullo insano;
 yo con vuestra inclinacion
 no me mostraré inhumano.

Miseros ambos, hacer
 con la indulgencia podemos
 menor nuestro padecer.

Ahora, aunque nos casemos,
 me podreis aborrecer?

Isa. Don Rodrigo! don Rodrigo! (*Sollozando.*)

Rod. Llorais? Es porque me muestro
 digno de ser vuestro amigo?

No sufrí del odio vuestro
 bastante el duro castigo?

Isa. Oh! no, no; mi corazon
 palpitar de odio no sabe.

Rod. Ni ya mas resolucion
 tampoco en el mio cabe,
 mirando vuestra afliccion.

Qué lágrimas! ay! y cuántas
 habeis vertido por mí!

Vedme, vedme á vuestras plantas.

Vencísteis. — Y podré...? Sí,
 salid de zozobras tantas.

Ya quedais en libertad
 de darme ó no vuestra mano:
 seguid vuestra voluntad.

Libre sois.

Isa. Dios soberano!

Rod. Tomad las cartas, tomad.

(*Pónelas sobre la mesa, despues de haber notado la
 falta de una.*)

Una falta: me olvidé...

Tendreisla, que no la quiero.

Callar juro por la fé
 de aragones caballero...

No, no, nada juraré.

Quando derribo el altar
 que á mi esperanza erigí,
 terror quisiera inspirar,

y de mis armas así
no me debo despojar.
Voy todo lo prevenido
á detener, sin embargo.

ESCENA IV.

DON PEDRO. DICHOS.

Ped. Los padrinos han venido.

Rol. Ya cesaron en su encargo:
todo queda suspendido. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON PEDRO. ISABEL.

Ped. (*Con admiracion y enojo.*) Isabel!

Isa. Querido padre, no me mireis con ira, no me conde-
neis antes de oirme.

Ped. Se aparta don Rodrigo de su empeño?

Isa. Le deja á mi resolucion.

Ped. Eso es distinto. Con todo, no eres tú quien debiera
decidirle: fijar tu suerte es derecho mio. Como padre
me toca mandarte... prefiero sin embargo aconsejarte co-
mo amigo. Ni aun te aconsejaré; te descubriré solo se-
cretos que estaba obligado á callar, pero que mi honor
exige ahora que revele. Despues tú decidirás.

Isa. O padre de mi alma! (*Bésale la mano.*)

Ped. Cuando un injusto fallo me iba á despojar cuatro años
ha de mis bienes, y á dejarnos sumidos en la miseria,
sabes quién fue el desconocido que obtuvo la revocacion
de la sentencia? Don Rodrigo.

Isa. Don Rodrigo!

Ped. Cuando dos años ha, prisionero yo de los indignos
satélites de don Sancho, iba á ser degollado de su or-
den, sabes quién me libró, ya bajo el hacha del ver-
dugo? Don Rodrigo.

Isa. Don Rodrigo!

Ped. Cuando cinco años hace, agotados todos los recur-
sos de la ciencia para volverte á la vida, tu madre y
yo, ahogados de pena, esperábamos de un momento á

otro verte lanzar el último aliento, sabes quién trajo desde Jaen aquel médico árabe que fingió pasar accidentalmente por aquí?

Isa. Fue don Rodrigo?

Ped. A él entonces debiste la vida.

Isa. A él se la consagraré ahora. Dios justo! á vos pongo por testigo de mi resistencia y de los combates que he sufrido. Por todas partes han asaltado mi corazón. Ya no puedo más... Llamadle.

Ped. Tú me haces feliz, hija mía. (*Vase.*)

Isa. Estaba escrito en el cielo que este hombre había de ser mi esposo. Séalo. No seré ingrata con él... seré pérfida con mi infeliz Marsilla. O Marsilla! si tú vivieses... Desde el empíreo, donde me estás mirando, serás capaz de culparme? Tú quizá me perdonarás... yo al tiempo que cedo á la ley de la suerte, no puedo perdonarme á mí misma.

(*Abrese la puerta del fondo. Se ve la sala, y entran en ella muchas damas y caballeros, algunos de los cuales pasan al gabinete.*)

ESCENA VI.

DON RODRIGO. DON PEDRO. DON MARTIN. MARI-GOMEZ.
DAMAS. CABALLEROS. PAGES. ISABEL.

Rod. Podré creer tanta dicha, Isabel? Consentis voluntaria en darme la mano?

Isa. La habeis ganado. Tomadla. Vamos al templo.

Ped. Aun no ha cumplido el plazo otorgado á don Diego. Al toque de vísperas de este día salió el malogrado jóven de Teruel seis años hace: hasta que suene esa señal en mi oído no soy dueño de disponer de mi hija. (*A don Martin.*) Solo para haceros ver el exacto cumplimiento de mi promesa me he atrevido á suplicaros que vengais á mi casa, mi infeliz amigo.

Mart. Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

Isa. Infeliz! (*Aparte.*)

Ped. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo.

Rod. Isabel desea la compañía de su madre: pudieramos pasar por casa del juez...

Mari. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes del toque de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á la ceremonia: esto me ha dicho.

Ped. La esperaremos en el templo. (*A don Martin.*) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, vereis...

Mart. Escusadme el presenciar un acto tan doloroso para mí...

Ped. Estad seguro de que hasta que no oigais la campana no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros os informarán de que he esperado hasta el cabal vencimiento del plazo.

Isa. Dios de bondad, asistidme. (*Aparte.*)

Ped. Vamos. (*Vanse todos, menos don Martin.*)

ESCENA VII.

DON MARTIN.

Creí por un momento que Isabel debía ser mas fiel á la memoria de su amante. Vanidad! Qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que amó? Si su sombra necesita lágrimas, no le bastan las mias? Hijo de mi dolor! Mi pobreza te robó tu dicha, te desterró de tu patria, te ha hecho morir en tierra agena. Desde ayer á hoy mi frente anciana se ha vuelto decrepita. Pronto me reuniré á mi hijo.

ESCENA VIII.

MARGARITA, por la puerta del costado. DON MARTIN.

Marg. Isabel! Don Pedro! (*A don Martin.*) Vos aqui solo? Han marchado ya? Hace mucho tiempo?

Mart. Pocos instantes. Debiais haberlos visto.

Marg. Vengo por el jardin.

Mart. Os van á esperar en la iglesia.

Marg. No me esperarán sino hasta la hora prescrita. Va á sonar al punto. Don Martin... yo no puedo... La iglesia está un paso... Corred vos, estorbad el casamiento. Vuestro hijo vive.

Mart. Vive! Angeles del cielo! Vive? Es verdad? No me engañeis, por Dios.

Marg. No hay duda, no puede tardar en llegar.

Mart. A Teruel?

Marg. Tal vez entra ya por sus puertas.

Mart. Yo no acierto á creer tanta dicha.

Marg. La noticia de ayer fue falsa, fue obra del rencor y de la impostura. Sí, acabo de saberlo de Jaime Celada.

Mart. El hijo del juez? el que estaba cautivo?

Marg. Estaba en Valencia. Vuestro hijo vuelve opulento. Ha salvado la vida al rey moro. Se hallaba doliente... envió á Jaime para anunciar su llegada, y el infeliz mensajero fue herido ayer á una legua de aquí. Hasta hoy no se le ha conducido, hasta ahora no ha podido hablar...

Mart. Basta; no mas.

Marg. Deteneos, oid. No digais... por Dios no digais que yo os envío. Decid que habeis sabido la nueva en casa de Celada. Nada os importa esa ficcion, y á mí...

Mart. Yo lo prometo: á Dios. Mi hijo vive! (*Vase.*)

ESCENA IX.

MARGARITA.

Llegará á tiempo? Aun no suena la campana que ha de señalar el momento del consorcio. Tiempo será. Si está de Dios, que mi delito se publique. Vivo Marsilla, cómo habia yo de permitir que mi Isabel...? mi pobre Isabel, que se sacrificaba por mí... Jamas: no llega á tanto mi barbarie. Sépase todo. Y todo se sabrá. Cómo no ha de vengarse don Rodrigo? Ya no tengo esposo, ni hija, ni nombre. Sí, el de adúltera. Dios mio, fuerzas para soportar la ignominia. Sí, vos me las dareis. Ya he sentido vuestro auxilio: vos me habeis hecho romper el pomo de veneno hallado junto á Celada: humedecida en él la flecha de la mora, traspasada apenas la piel del triste jóven, ha estado un dia sin sentido... Si yo cedo un momento... No me abandoneis ahora. Cuántos escarnios! cuántas maldiciones me aguardan! (*Oyese muy de cerca el toque de vísperas.*) Cielos! ya será tarde. Su padre no puede haber llegado. Salgamos de tan horrible duda. Perdon, Dios mio! (*Vase.*)

SEGUNDA PARTE.

Bosque inmediato á Teruel.

ESCENA PRIMERA.

MARSILLA y ADEL atados á dos árboles. SEIS BANDIDOS, de los cuales unos observan á los dos presos, y otros registran sus maletas.

(Marsilla escucha convulsivo el toque de vísperas que se oye á lo lejos.)

Mar. Ese fatal sonido viene á aumentar mi desesperacion. Si al ver que no llego... Oh! no, todo lo habrá evitado Celada. Isabel me espera, y yo aquí entre tanto... Traidores, viles bandidos.

Bandido 1.º Cómo traidores?

2.º Cómo bandidos?

1.º Nosotros somos leales soldados del infante don Sancho.

2.º Del legítimo rey de Aragon.

1.º (A Adel.) Dónde vienen esas joyas, perro?

Mar. Ocúltaselas, Dios mio! (Aparte.)

Adel. Yo no tengo ni sé de joya alguna: no traigo mas que un puñal y un seguro de mi rey.

2.º A ver el puñal. Mango de cobre! No podias habérselo echado siquiera de plata?

Adel. Lo merecia: no está esa hoja destinada á sangre ruin.

1.º Tú serás el primer ruin que la estrene si no cantas claro.

Adel. La litera y el equipage vienen media jornada mas atras: tal vez allí...

1.º Bellaco, la litera no trae las riquezas. Los diamantes vienen con vosotros. Nos ha informado quien lo sabe.

3.º Aquí está: ya pareció. (Muestra una arquita de baqueta.)

Mar. Cielo vengador! (El primer bandido deja caer en el suelo el puñal de Adel, y acude á ver las joyas.)

Todos los bandidos. A ver, á ver.

1.º (*Abriéndola.*) Perlas...! brillantes!

2.º Diamantes verdes!

3.º Diamantes morados.

2.º Cómo relucen los blancos!

1.º Es un tesoro!

Todos. Un tesoro! A marchar, á repartir.

Mar. Desventurados! teneos, escuchad.

3.º Traes otra cajita?

1.º Marchemos; el golpe está dado, nos hallamos á las puertas de Teruel, y hoy ha salido tropa á recorrer estas cercanías. El juez Domingo Celada está furioso por el lance de su hijo.

Mar. Quitadme la vida si me quitais las riquezas. Mi vida son ellas. Vosotros no sabeis...

1.º Qué! su valor? no hayas miedo que se malbaraten.

Mar. Hay entre vosotros alguna fé? Sabeis lo que es la palabra de un caballero? Yo soy Marsilla.

1.º Marsilla? Tú serviste á don Pedro contra el ejército de la iglesia. Aquí teneis un paladin de la tabla redonda, que nos ha quitado á los buenos católicos el quemar en Francia mas de cien hereges.

2.º Tan herege será él como ellos.

Mar. Un dia, pocas horas que estuviesen en mi poder esas prendas, me harian feliz. Aun sin venir á mi poder... Si no sois tigres, si hay entre vosotros algo de humano... hacedme una gracia, y os bendeciré... Angeles se-reis para mí. Si pudierais penetrar la sinceridad con que os hablo...! Si uno de vosotros llega á Teruel... á casa de Segura... si le muestra esas joyas y le dice: De Marsilla son, no necesito mas, huya luego con ellas.

Los bandidos. Ah, ah, ah, ah. (*Riéndose.*)

1.º Buena ocurrencia! para que le echasen el guante á mano salva.

2.º El hombre está loco.

Mar. Por cuanto hay mas sagrado...

2.º Qué hay sagrado para un albigense con ribetes de moro?

1.º Y que no tiene humos que digamos el mancebo! Como que en rigor debiamos...

Mar. Bárbaros! infames ladrones!

2.º Capitan, le saco la lengua á este atrevido?

Mar. Matadme: sino, ni uno siquiera de vosotros ha de salvar la vida. No sabeis aun quién es el que habeis sorprendido cobardemente... como cobardes que sois, como villanos. Juro á Dios vivo no descansar hasta que haya esterminado al último de vosotros. De estos mismos árboles han de pender vuestros cadáveres destrozados.

2.º A este pájaro es preciso torcerle el pescuezo.

1.º Al cabo es un defensor de los albigenes.

2.º Un excomulgado.

3.º Un aleve que nos queria alucinar para pescarnos.

2.º Muera. (*Dirígese á Marsilla para atravesarle con la lanza, y al alzar el brazo le hiere una saeta.*) Ay! Favor!

Todos. Qué es esto? (*Se oye un silbido.*)

1.º El aviso! Estamos descubiertos.

Todos. Huyamos. (*Huyen, llevándose, ó mas bien atropellando al herido, que va á caer fuera de la escena.*)

ESCENA II.

MARSILLA. ADEL.

Mar. Quién nos protege? A nadie veo. Desesperacion, dame ahora tus fuerzas. Qué han de resistir estos cordones á manos que han roto hierros!

Adel. No te fatigues en esfuerzos inútiles: el nudo que me ata las muñecas se va aflojando... pero tan lentamente, voto al angel Reduan!

Mar. Perder mis tesoros al tocar la dicha!

Adel. Veo al que lleva la arquilla! Va detras de todos.

Mar. Maldicion!

Adel. Le han disparado una saeta... el herido se apoya en un árbol. Un jóven sale á socorrerle. No, le arranca la arquita... el malvado cae... el jóven desaparece con ella. Ya no veo á nadie.

Mar. Perdí hasta la última esperanza. Y me han dejado la vida! Ah! tal vez en este mismo momento... Isabel!
Isabel!

ESCENA III.

ZULIMA. DICHOS.

Zul. (*Canta dentro.*) Ni ciencia ni caudales,
ni el mando ni el amor,
placeres dan cabales:
hay un placer mayor.

 Postrar á un enemigo,
su dicha deshacer,
ser de su mal testigo,
este sí que es placer!

Mar. Qué oigo! la voz de la desgracia es esta.
La conoces?

Adel. Conózcola de suerte..
cual conoce á su víctima la muerte.

(*Sale Zulima con arco y aljaba.*)

Mar. Aquí Zulima!

Zul. Sí: de qué te asombras?

No hay nada entre los dos que nos reuna?

Por el Amir á muerte condenada,
no fuiste tú mi salvador? La puerta
de la terrible cárcel no me abriste,
y vida y oro y libertad me diste?

Vida y riqueza y libertad te vuelvo.

Nada mas natural, nada mas justo.

Libre estás.

(*Corta con el puñal de Adel, que estaba en el suelo, los cordeles que sujetaban á Marsilla.*)

Adel. Yo tambien. (*Soltándose por sí propio.*)

Mar. (*Cogiendo del suelo su espada.*) Zulima... el tono
me aterra de tu voz... es del infierno,
y de un angel tu accion. Mi pecho anhela
su gratitud mostrar, y... El tiempo vuela,
á Dios.

Zul. A dónde vas? Por tu tesoro?

Vele aqui, por mi diestra rescatado. (*Marsilla arroja*

Yo la seña he fingido: la sabia, *la espada.*)

y ella y este arco fiel te han libertado.

Mi vida por la tuya hubiera dado,

pues... con tu muerte mi placer moria.

Mar. Muger incomprensible! héme á tus plantas.

(Arrodállase.)

Zul. Triunfé! Asi es como yo verte queria.

Ya estoy contenta: tus riquezas toma,

(Entrégale el cofrecillo que trata oculto.)

corre luego á Teruel, vuela á tu amada;

mas no á la casa que la diera abrigo

hasta hoy te dirijas; si has de verla,

búscala en el harem de don Rodrigo.

Mar. Condenacion! Qué dices!

(Deja caer el cofrecito en el suelo. Adel levanta y guarda su puñal.)

Zul.

Tarde llegas.

Tuya no puede ser; ya dió su mano.

Mar. Iras del cielo! No: finges en vano.

Tú ignoras que mi próxima venida

previno un mensajero.

Zul.

Tú no sabes

cuán á tiempo selló, siempre certero,

mi brazo el labio de tu mensajero.

Yo vi, yo hablé á Isabel, y de tu muerte

la noticia le dí, y á los bandidos

avisé que tu viaje detuvieran.

Yo, celebradas de Isabel las bodas,

te las vengo á anunciar.

Mar.

Con que es ya tarde!

Zul. Mira mi gozo, y si pudieres, duda.

La libertad me diste por desprecio,

por contemplarme débil enemiga.

Insensato mortal! No te lo dije

ya en el harem, que de mi amor ardiente,

ó mi fiera venganza decidias?

Quisiste el odio? sus efectos siente.

Mar. Que es tarde!

Zul.

Para siempre á tu querida

perdiste.

Mar. Para siempre!

Zul.

Vive ahora

para verla de Azagra poseida.

(Vase, y Adel la sigue: Marsilla queda solo algunos instantes en el silencio del abatimiento, apoyado en un arbol.)

ESCENA IV.

DON MARTIN. DOS CRIADOS. MARSILLA.

Mart. El es! Hijo querido!*Mar.* Padre! Es tarde?

Yo quisiera dudar... Mi mal es cierto?

Mart. Respóndante las lágrimas que vierto.Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
la desgracia al nacer marcó en la frente,
tu triste padre que por verte vive,
con dolor en sus brazos te recibe.

Quién tu llegada ha retardado?

Mar. El cielo.,

El infierno... No sé... Facinerosos...

Una muger... Dejádme.

Mart. La sultana?Esos bandidos que cobardes huyen
de los soldados que conmigo trage?

Te han herido?

Mar. Ojalá!*Mart.* Te han despojado?*Mar.* Nada he perdido. La esperanza solo.*Mart.* Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana término ponía...*Mar.* La pérfida anunciar la muerte mía!*Mart.* Lo sabes?*Mar.* De ella.*Mart.* Horror! Entonces eracuando Celada, el habla recobrando,
la traidora noticia desmentía.Corro al templo anheloso; el bronce suena,
y la sangre y el paso me detiene.De la ansiedad ahogado y de la pena,
llego al sagrado umbral. "Marsilla viene."esclamo... y de los pies del sacerdote
miro alzarse á los dos. Caigo sin vida...

Eran esposos ya! Tu bien perdiste...

Pero padres, hermanos, aun te quedan
almas que sientan tu abandono triste.*Mar.* Padres! hermanos! Para qué me quieren,

ni qué les deberé? Tesoros traigo...
Vedlo...

(Designa con el pie la arquita, que los criados recogen, como tambien los demas efectos esparcidos por el suelo.)

Luego vereis sedas, alfombras,
caballos con jaeces, armaduras...

Alli viene el escudo destrozado
que vió asombrada aparecer Castilla,
el Garona besar su aciaga orilla,
Palestina de gloria coronado.

Riquezas con honor dióme la suerte.
Para vosotros son. Qué hay en mi patria
para mí? qué hallaré? Vacío, muerte.

No hay un amor, una Isabel, no hay nada.

Padres! hermanos! Quién á mi adorada
sustituye en mi pecho? Potestades
del mal, á quienes Dios para juguete
me quiso dar, reid, ya conseguisteis
llevar hasta su fin mi desventura.

Solemnizad, espíritus dañados,
mi desesperacion. Tus calabozos
ábreme, infierno; á sepultarme en ellos
me impele mi furor, y me señala
de la venganza el criminal camino.

Dónde está la que pérfida insultaba
la miseria y horror de mi destino?

Mart. Su castigo abandona al justo cielo.

La maldicion persígala de un padre
cuya casa llenó de desconsuelo.

Mar. Del cielo os prometeis justo castigo?

De ese cielo al delito favorable,
de las virtudes áspero enemigo?

Mas sí, vereis que á mi furor entrega
esa muger fatal, porque su sangre
cubra de mengua y de baldon mi frente.

Y qué me importa el deshonor? Ardiente,
bárbara sed de sangre me devora.

Verterla á rios para hartarme quiero,
y cuando mas que derramar no tenga,
la de mis venas soltará mi acero.

Mart. Hijo, modera ese furor.

Mar.

Quién hijo

me llama ya? Con vínculo ninguno
ligado al hombre estoy, de la venganza
ya dependo no mas. Venganza! Llega ahora,
ven á gozarte en mi dolor, traidora.

Si abre sus senos para guarecerte
la tierra, en ellos te daré la muerte.
Y tú la seguirás, rival felice.

Tú la has de preceder: no eres la causa
primera de mi mal, de los que sienta
la que ya tuya llamarás? Oh! Nunca
lo será, no, juro á los cielos. Antes
de salir de Teruel y de Valencia
sangre mis pasos señalar debía.

Fruto es mi perdicion de mi imprudencia.

Todo viene á avivar la rabia mia.

Pero no de ese triunfo hareis alarde:
para acabar con ambos aun no es tarde.

Mart. Desgraciado! Qué intentas?

Mar.

Con el crimen

lazos romper de crimen. Una vida
de Isabel me separa: que perezca.

Mart. Hijo...

Mar.

Perecerá.

Mart.

No...

Mar.

Maldecido

mi nombre sea si la sangre aleve
de mi rival no vierto.

Mart.

Es poderoso.

Mar. Marsilla soy.

Mart.

Mil deudos le acompañan...

Mar. Mi rabia á mí.

Mart.

Respeto te merezca

un vínculo...

Mar.

Es sacrilego, es injusto.

Mart. En presencia de Dios formado ha sido.

Mar. Con mi presencia queda destruido. (*Vase.*)

Mart. Piadosos cielos! á perderse corre
si pródigo mi amor no le socorre.

(*Vanse don Martin y los criados.*)

ESCENA V.

ZULIMA. ADEL, *que viene detras de ella y va á salirle al encuentro.*

Zul. Vas á librarte de un rival? yo acudo
su riesgo á prevenir, y si es preciso,
de mí me olvidaré, siendo su escudo.

Adel. Tus pasos atajar el cielo quiso.
Muere! (*Hiérela y cae.*)

Zul. Traidor! A mí...! Si vence... Ay! muero. (*Espira.*)

Adel. Tu esposo y rey te condenó en Valencia,
y á ejecutar me envia la sentencia.



ACTO QUINTO.

Habitacion destinada á Isabel en casa de don Rodrigo. Una gran ventana sin reja en el fondo que da vista á un jardin alumbrado por la luna. Luces en la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA. ISABEL.

Isa. **N**o me digais nada; dejadme sosegar este momento en que se ha ausentado mi esposo. Porque ya es mi esposo: no es verdad, madre? Sí, me han dicho en la iglesia no sé qué cosas, me han hecho pronunciar no sé qué palabras; y con esto, ya no soy mía; ya soy de otro; y yo debo ser otra tambien. No es esto lo que queriais decirme? Ya veis que no es necesario: yo lo sé como vos.

Marg. No, no es eso lo que quiero decirte: quiero mostrarte mi arrepentimiento; quiero que conozcas lo que padece tu madre. Cómo me atrevo á llamarme madre? Soy un verdugo que te ha sacrificado sin piedad. Hija adorada! Créeme: un espíritu maligno me ha cegado. Él era el que me susurraba al oido en voz temerosa las palabras: "vergüenza, deshonor, castigo." El me presentaba sin cesar á los ojos el espectáculo de la ira, del dolor de un esposo; él me restituye la razon para que vea toda la estension de tus males, ahora que es imposible su remedio.

Isa. Y bien, si no tienen remedio, á qué recordarlos? Decis que padeceis; lo creo, yo tambien padezco. Decis que me habeis sacrificado; os engañais, yo soy quien se sacrifica. Decis que os arrepentis; yo alguna vez tambien me arrepiento, pero por fortuna ya es tarde.

Marg. Ojalá pudiese aun aceptar todo el cúmulo de ignominia que me amenazaba, para dejarte libre en tu eleccion!



Isa. Todos me han querido dejar libre, y todos me han presentado cadenas. Pero vos, madre... qué mas podiais hacer? Gracias, madre mia. Vos sí que os sacrificabais por mí. Oh! no os aflijais: no atendais á mis palabras, porque nada espresan sino la confusion y el aturdimiento: desde esta mañana no sé qué es de mí. Cuando he venido á esta sala, era para buscar una persona, para saber una nueva: ya no sé á quién buscaba, ni qué queria saber. En tal estado, qué puedo hacer sino delirar? Mas vale que delire sola; asi no os atormentaré. Ah! yo creo que buscaba á don Rodrigo para pedirle que mañana me llevase á la Corte, á Castilla, muy lejos.

Marg. Entró un page á decirle que le buscaba un caballero: le estará hablando.

Isa. Ya me acuerdo! Ha llegado, madre mia?

Marg. Quién?

Isa. Quién puede ser? No le he nombrado? Marsilla.

Marg. Sí, ya ha venido.

Isa. Por esto queria yo huir de Teruel, por no verle. Esta es la noticia que yo esperaba. Cuánto me alegraria de verle! Pero verdad que no debo, madre mia?

Marg. No, no le veas, no le oigas, no te oigas á tí misma.

Isa. Sí, aquí siento (*Indicando el corazon.*) una voz que me dice: El te ama, ámale; pero aquí (*Señalando la frente.*) me grita otra: El puede amarte: tú no le debes amar. Le habeis visto vos? Cómo viene? Mal desasido aun de los brazos de la muerte, hacer un viaje tan precipitado! Sí estará muy triste? Y aunque no lo estuviera... no le digais cuál me hallo yo.

Marg. Aun no le he visto, pero quiero verle: me importa consolarle, aconsejarle...

Isa. Oh! sí, vedle madre mia, vedle cuanto antes: hacedle que os cuente sus aventuras, y con eso... Pero no, vos no debeis contarmelas á mí. Mirad, yo quisiera que le dijeseis, no que amo á su rival, porque no lo creeria; no que le he olvidado á él, porque le costaria caro el creerlo: le podiais decir que mi pasion se ha debilitado... Esto es falso, pero no importa. Que he dado voluntariamente la mano á don Rodrigo; esto es verdad, bien lo sabeis. Que respète mi estado, que no procure verme, que no me siga...

Marg. Que se esfuerce á olvidarte.

Isa. No, yo no quiero que me olvide. Por qué ha de olvidarme? Le he de olvidar yo á él por ventura?

Marg. Sí, hija mia, sí le olvidarás. Dios, que tiene en la mano los corazones, premiará vuestra virtud con la tranquilidad del espíritu. Dios se rendirá á mis ruegos, y todas las angustias de vuestras almas las trasladará á mi pecho: á mí me servirán de justificacion, y vosotros gozareis aquella paz á que sois tan acreedores. No lo dudas, hija mia; no digas que lo dudas, si quieres que viva. A Dios, Isabel; te dejo sola como deseas, pero con sentimiento: jamas me ha sido tu presencia tan necesaria. Delante de tí mis remordimientos enmudecen, porque tu virtud los refrena; lejos de tí nada hay que se oponga á su dominio. Hija mia, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

ISABEL.

Sí, madre, confía,
verás cómo cesa
bien pronto en mi pecho
la brava tormenta:
no pueden sus olas
entrar en la huesa.
Por eso esta mano
mi vida respeta:
ningun moribundo
su fin acelera.
Pues si esta esperanza
faltase á mi pena,
si el hórrido cuadro
que pinta la idea
mi suerte futura
creyese que encierra,
quién á mi despecho
límite pusiera?
Vivir con el hombre
que ser hoy me veda
la mas venturosa
de toda la tierra!

Oh! no es tan escasa
 en Dios la clemencia.
 No es cierto, Dios mio,
 que ya satisfecha
 con tantos afanes
 tu justicia queda?
 Que, ya fenecido
 el tiempo de prueba
 que á mí y á Marsilla
 prescrito nos fuera,
 nos luce la aurora
 de la recompensa?
 Sí, desde ese trono
 donde tu grandeza
 sobre Serafines
 las plantas asienta,
 benévolo miras
 las lágrimas nuestras,
 y al angel de muerte
 que rompa le ordenas
 el arca de barro
 que al alma encarcela.
 Tú el seno divino
 que amor solo alberga
 piadoso nos abres,
 en él nos estrechas,
 coronas de triunfo
 nos cife tu diestra,
 y amarnos, y amarnos
 por siempre nos dejas.
 Sí, yo lo conozco,
 mi hora se acerca;
 por desenlazarse
 mis miembros pelean.
 No puedo tenerme,
 se rinden mis fuerzas;
 ya nada distingo
 de cuanto me cerca.

(Recuéstase en un escaño, y permanece inmóvil algunos instantes.)

ESCENA III.

MARSILLA, que entra por la ventana. ISABEL.

Mar. Desconozco el lugar. Dónde me encuentro?

Podrá ser esta de Isabel la estancia?

Nada hay en ella de Isabel. Qué miro!

Una muger... que plácida descansa.

No turbemos...

Isa. (*Abriendo los ojos.*) Ay Dios! Un hombre! Cielos!

No es él? El es! Si vienen, si le hallaran...

Tendré valor de huir?

Mar. Mi pecho dice

que Isabel está aqui.

(*Vuelve á mirar á Isabel, la conoce, y se acerca á ella con los brazos abiertos: Isabel se desvía.*)

Prenda adorada!

Isa. Marsilla!

Mar. Dulce bien!

Isa. Detente. Cómo

te atreves á poner aquí la planta?

Si te han visto llegar... A qué has venido?

Mar. Por Dios... que lo olvidé. Pero no basta

para que vuele á su Isabel Marsilla

el deseo del goce de mirarla?

Oh qué hermosa á mis ojos te presentas!

Nunca te vi tan bella, tan galana...

y un pesar, sin embargo, indefinible

me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrójalas, mi bien; toca modesta,

cándida flor en mi jardin criada,

vuelvan á ser tu angelical adorno:

mi amor se asusta de riqueza tanta.

Isa. Su razon adolece del delirio (*Aparte.*)

que primero en la mia dominaba.

Mar. Ya mi susto cesó: veo en tu mano

la señal de tu fé. Tú me esperabas,

y deslumbrar mis ojos pretendiste.

Este anillo es la joya que me agrada.

(*Tómale una mano para besársela.*)

No es el mio! Qué horror! Sierpe se vuelve,

y á devorarme viene las entrañas.

Isa. No conoces qué indica este atavío
que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separacion...

Mar. Poder del cielo!
Sí. Funesta verdad!

Isa. Estoy casada!

Mar. Cómo pudiste enagenar tu mano?

Isa. Don Diego!

Mar. Pero, cómo la negaras?
El temor... la violencia... sin saberlo
formó el labio la fatal palabra.
No es verdad, Isabel?

Isa. El cielo sabe,
y como él sabes tú, si yo te amaba.
Y con todo, Marsilla... lo creyeras?
al altar he llegado voluntaria...

Mar. Es Isabel á quien escucho? Sabes
que te acusas de pérfida, de falsa?

Isa. Yo pérfida! Gran Dios!

Mar. No, no lo creo.
No movió la cruel desconfianza
mi labio, fue el dolor, es la sorpresa...
Dime... dime tan solo que me amas.

Isa. Mi deber...

Mar. Es amarme.

Isa. Tengo esposo.

Mar. Tus bodas á la ley y á Dios ultrajan.

Mia es tu mano, me la dió el cariño,
y de un usurpador vengo á cobrarla.

Isa. No miras dónde estás? Estas paredes
enemigas te son.

Mar. No temas nada
ni por mí, ni por tí; no estoy yo solo,
mi valor y mi acero me acompañan.
Isabel, si cediste á la violencia,
dilo, si con halagos engañada,
si fuiste por el brillo seducida
de las riquezas, dímelo: sé franca,
yo indulgente seré. Si ya en tu pecho
la fé que un dia me tuviste falta,
decláralo tambien; amor ú olvido

de tí reclamo. De mi vida fallas
ó de mi muerte: di, que muerte ó vida,
como venga de tí, me será grata.

Isa. Qué podré yo decir? Dios lo ha querido.
El término espiró; fuéme anunciada
tu muerte; yo creída...

Mar. Y tus promesas?

Cuando resuelta la partida aciaga
de tí me despedí, qué me dijiste?
Parte, que tu Isabel fina te aguarda.
O mi mano mis padres te conceden,
ó me consagro á Dios.

Isa. Si penetrara
mi corazon tu vista... si supieras,
no de este enlace la secreta causa,
no! lo que me ha costado de suspiros
rendir el cuello á la coyunda sacra,
lágrimas de piedad en vez de quejas
te debiera mi suerte desgraciada.
Qué! la Isabel á quien llamaste tuya
no pudo merecerte que pensaras
que cuando á Azagra abandonó su mano,
para siempre de tí la separaban
obstáculos inmensos y terribles
que superar no pudo fuerza humana?

Mar. Obstáculos! Secretos! Cuáles? Dilo.

Isa. Jamas.

Mar. Asi te justificas? Habla.

Isa. Imposible, imposible.

Mar. Desde cuándo
tuvo en tu pecho la reserva entrada
para tu amante?

Isa. (*Aparte.*) O madre!

Mar. No respondes?

Isa. Respeta los secretos de una dama...

Suponte de mi muerte persuadido
en un rincon del Africa ó del Asia,
supon que allí una voz, voz revestida
de la mas fuerte y seductora magia,
voz cuyo acento penetrante esfuerzan,
en la mas favorable circunstancia,
naturaleza, gratitud, y todo

cuanto puede hallar eco en tus entrañas,
 á tus oídos suplicante llega,
 y un sacrificio enorme te demanda,
 sacrificio de vida para alguno,
 de muerte para tí que la anhelaras...
 di, no te hubieras como yo casado?

Mar. Jamas; nada respeta quien bien ama.

Todo el amante fiel lo sacrifica
 en el altar del númen que idolatra.
 Piensas que en esta ausencia no ha sufrido
 mi fino corazón recias batallas?

No viste á esa muger que de mí muerte
 te dió la nueva por desdicha falsa?

Esa muger me amó; yo el sacro nudo
 que la unia al rey árabe ignoraba;
 ella mi ley y la fortuna mia
 se prestaba á seguir; ya desdeñada,
 con hórrido suplicio rencorosa
 me amenazó: ni halago, ni amenazas,
 ni el grito que en mi cuerpo falleciente
 naturaleza con espanto alzaba,
 que vacilase conseguir pudieron
 el teson varonil de mi constancia.

Tuyo viviendo, tuyo en el sepulcro
 me quise conservar. En vano tratas
 de asemejarme á tí: veo con pena,
 pena cruel que me destroza el alma!
 que creyendo tu pecho igual al mio,
 mi cariño leal se equivocaba.

Isa. Pues bien, Marsilla... para qué negarlo?

Preciso es confesar que soy culpada.

Nada á tus ojos escusarme puede.

Todo me acusa, y en mi daño clama.

Perdon, Marsilla; si capaz he sido
 de faltar á la fé que te jurara,

tú, que nunca cesaste de quererme,

tú me perdonarás. Arrodillada,

deshecha en llanto, tu Isabel te pide

perdon, piedad. Merézcate esta gracia...

porque la miras por la vez postrera.

Lleve yo á la presencia soberana
 del sumo Juez, que al tribunal eterno

ya con tremenda voz llegar me manda,
este favor de tí. Sin perdonarme,
por Dios, Marsilla, que de aquí no salgas.

Mar. Tú á mis pies! Tú culpable te confiesas,
Isabel! Mas qué importa? Tú me engañas.
Lo que tu accion, lo que tu labio dice
lo desmiente ese llanto que derramas.
No es ese llanto de arrepentimiento,
no, que es de amor, de amor puro, sin tacha,
fiel como el mio, sí. Luz de mis ojos,
cesa ya de llorar, cesa, levanta.
Dame la vida en una voz.

Isa. Prometes
una orden mia obedecer?

Mar. Ingrata!
Cuándo me revelé contra tu gusto?
Mi voluntad no es tuya? Dispon, habla.

Isa. Júralo.

Mar. Sí.

Isa. Pues bien: yo te amo. Vete.

Mar. Cruel! Temiste que ventura tanta
me matase á tus pies, si su dulzura
con la hiel del dolor no iba mezclada?
Cómo esas dos ideas enemigas
de amor y de destierro hiciste hermanas?

Isa. Ya lo ves, no soy mia, soy de un hombre
que me hace de su honor depositaria.
Deslindar sus derechos es en vano:
yo debo serle fiel, Dios me lo manda.
Marsilla, virtuosos hemos sido
hasta aquí; la pasion que nos inflama
es una virtud mas: por qué pretendes
en la última prueba profanarla?
Si añadir que te adoro es necesario,
que en mi pecho tu imágen estampada
siempre conservaré, yo lo repito,
yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso,
libértame de mi.

Mar. No sigas, basta.

Tú la ausencia me intimas? Es la muerte.
Cómo puedo vivir sin esperanza?

Yo proteger tu vida pretendí,
 pero tus padres suplirán mi falta.
 No temas, no, que de mi fin te acuse.
 Contento muero porque tú lo mandas.
 Permite en recompensa que te estrechen
 mis brazos una vez, y que su estampa
 deje en tu frente cándida mi labio.

Isa. No es posible, Marsilla: soy casada.

Mar. Es mi postrera súplica.

Isa. No tienes
 piedad de una muger enamorada?

Mar. Oh! tenla tú de mí. Será el abrazo
 de un hermano dulcísimo á su hermana,
 cual mi fé tierno, cual tu frente puro.

Isa. No te acerques.

Mar. En vano me rechazas.

Isa. Dios eterno! Salvadme! Deteneos,
 Marsilla, ó grito á don Rodrigo...

Mar. Llama,

llámale, fementida; mas no creas
 que tu voz oiga y á tu grito salga.

No lisonjeros plácemes oyendo,
 su vanidad en el estrado sacia,
 no; lejos de los muros de la villa
 muerde la tierra que su sangre baña.

Isa. Qué horror! Le has muerto?

Mar. Pérfida! te afliges!

Si lo sospecho, quién le libra? Oh rabia!

Isa. Vive!

Mar. Merced á mi clemencia loca,
 vive: apenas cruzamos las espadas,
 ya en su costado se clavó la mia:
 un momento despues postrado estaba
 su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
 Oh maldita destreza de las armas!
 Maldito el hombre que virtudes siembra
 si ha de coger cosecha de desgracias!
 No mas humanidad, crímenes quiero.
 A ser crüel tu crüeldad me arrastra,
 y en tí la he de estrenar. Al punto, ahora
 vas á salir conmigo de esta casa.

Isa. No, no... Dios mio! quitame la vida!

Mar. Me seguirás.

Isa. Dsventurado...!

Mar. Calla.

Ya nada escucho.

Isa. Has de atreverte...?

Mar. A todo.

Si es ya preciso. Sabes que se trata de tu vida, infeliz? Sabes qué dijo el cobarde que lloras desolada al caer en la lid? Tuyo es el triunfo, pero medios me quedan de venganza.

Isa. Qué dijo? qué? (*Aterrada.*)

Mar. Me vengaré en don Pedro, en Margarita, en Isabel; un arma á los tres herirá.

Isa. Santos del cielo!

Corramos, estorbemos... — Dónde se halla?

Dilo.

Mar. Esposa leal, deja el cuidado:

ya á tu padre dispuse que avisaran, y á su lado estará.

Isa. (*En la mayor desesperacion.*) Tú me has perdido!

La desventura sigue tus pisadas.

Mar. Va con tu padre el juez; nada receles.

Isa. Para esto dí mi mano!

Mar. Desdichada...!

Isa. Qué es lo que hiciste?

Mar. Tu traicion revelas.

Impostora! — Y decia que me amaba!

Isa. Hombre de maldicion! Ojalá nunca

de Teruel las almenas avistaras!

Cruel! amor á reclamar te atreves

de una muger por tí despedazada?

Ya te aborrezco.

Mar. Oh Dios! ella lo dice!

(*Cae en un escaño como herido de un rayo.*)

No puedo mas.

Isa. Qué miro! se desmaya.

Perdóname un momento de despecho...

Mar. Isabel me aborrece... me engañaba!

Aquí siento... qué angustia! Yo la adoro...

y ella me aborrecia... ella me mata. (*Muere.*)

Isa. Madre mia! Favor! Marsilla... Cielos!
Parado el corazon, la frente helada...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. MARGARITA. *Despues* DON PEDRO, *seguido de algunos* CABALLEROS, DAMAS y CRIADOS.

Marg. Qué es esto! por qué gritas, hija mia?

Isa. Socorredle, salvádmele.

Marg. Qué veo!

Se halla herido tambien? Cuando disipa
por fin Azagra mi inquietud, encuentro...

(*Salen don Pedro, damas, caballeros y criados.*)

Ped. Marsilla!

Isa. (*A su padre.*)

Sí, no me culpeis. (*A su madre.*) Su vida...

Marg. (*Despues de haber tentado las manos de Marsilla.*)

Huye de aqui, infeliz!

Isa. Con que ya es muerto?

Todos. Muerto!

Isa. Yo le maté: quise alejarle...
que le odiaba le dije... el sentimiento,
el espanto... Y mentí!

Ped. Ven, hija mia.

Isa. Pero tambien de mí se apiada el cielo.

Ya de la eternidad me abre la puerta,
y de mis ojos huye el mundo entero,
y una tumba diviso solamente

con un cadáver, y á su lado un hueco.

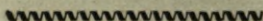
Marsilla...! yo te amé, siempre te amaba...

Tú me lloraste agena, tuya muero.

(*Arrójase sobre el cuerpo de don Diego, y espira quedando de rodillas abrazada con él.*)

FIN.

Se vende en la librería de Escamilla, calle de Carretas, donde se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.



Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Fíguro: coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, por Don Mariano José de Larra: tres tomos, su precio á 42 rs. en rústica y 48 en pasta.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.^o marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlos.

Cartas de Fíguro.

Sátiras de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.^o á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.

El dogma de los hombres libres, ó las Palabras de un Creyente: un tomo en 8.^o á 10 reales.

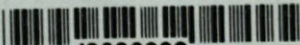
Respuesta de un Cristiano á las Palabras de Creyente: un tomo en 8.^o á 10 reales.



Este drama es propiedad de su editor, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10030339